Bianchi, Susana: *Catolicismo y peronismo. Religión y política en la Argentina 1943-1955*, IEHS, Tandil, 2001.

El trabajo de Susana Bianchi, que se suma a los de Lila Caimari y Loris Zanatta, se nutre de estos últimos para elaborar una interpretación acerca de las relaciones entre el peronismo y el catolicismo, en la que su autora destaca el carácter antitético de estos dos fenómenos que, por su propia naturaleza, parecían de antemano destinados a chocar, aunque esto por sí sólo no baste para explicar la virulencia del desenlace de los años 1954-55. Los orígenes del conflicto en el que derivó la relación entre el catolicismo y el peronismo en última instancia se hallarían contenidos, según la hipótesis que sostiene la autora, en el hecho de que ambos compartirían el mismo afán por controlar bajo su órbita la sociedad toda: la enseñanza, la familia, la beneficencia —resignificada en “justicia social”—, las diversas expresiones culturales, las costumbres, las propias prácticas religiosas... Bianchi estudia minuciosamente, recurriendo a una amplia gama de fuentes documentales, el modo en el cual no dejarían de producirse tensiones entre el catolicismo y el peronismo en cada una de estas áreas, a veces veladas, otras no tanto, para terminar desembocando finalmente en una violenta confrontación. Si bien Loris Zanatta en parte nos había advertido que el “mito de la nación católica” contenía *in nuce* el germen de múltiples contradicciones, cuyas consecuencias la Iglesia no estaba en condiciones de medir en su totalidad, Bianchi pone de relieve que la Iglesia —concebida como un actor social y político— terminó por convertirse en un espacio político netamente opositor, a medida que se tornara cada vez más feroz la competencia con el Estado por el control de las instituciones sociales. (Párrafo aparte merecería aquí el trabajo de Lila Caimari, dado que por su parte ella ha evitado cualquier tipo de explicación teleológica del problema, a tal punto que no le ha sido necesario abundar en el relato de los pormenores del conflicto desencadenado luego de 1954 entre Perón y la Iglesia, pero la economía de estas líneas no me lo permite).

La estructura del trabajo de Bianchi, dividida en tres partes, refleja este *crescendo*. En la primera de ellas la autora nos presenta una Iglesia que, a pesar de encontrarse atravesada por una profunda división provoca-

da por el despuntar de grupos demócrata-cristianos, confiaba en ejercer con éxito una “dirección orientadora” con respecto al gobierno militar constituido en 1943, y poco después esta misma expectativa pasó a ser interpretada bajo la idea de “cristianizar el peronismo”. Pero según nos muestra la autora en la segunda parte ésta no fue una tarea fácil; pronto las esperanzas se vieron frustradas y comenzaron a manifestarse conflictos en cada una de las instituciones de la sociedad civil ya que, mientras la Iglesia pretendía catolizar la totalidad de las organizaciones intermedias, el peronismo hacía por su parte lo suyo transmitiendo valores culturales, nacionales y peronistas, que colocaban a la Iglesia en una posición de absoluta exterioridad. Así se prepara la virulenta confrontación de los años 1954-5 —a la que Bianchi le dedica la tercera parte de su trabajo— que se vio favorecida, además, por el impulso que recibió la Democracia Cristiana desde las postrimerías de la Segunda Guerra por parte de Pío XII, que tuvo su lenta pero no por ello menos significativa repercusión en la Argentina. Así planteadas las cosas, no debería sorprendernos el desenlace al que la Iglesia se vio sometida dado que, como señala Bianchi, el proyecto católico de “cristianizar la sociedad” se basaba en una directa apelación al Estado que terminaría por recaer en una flagrante contradicción, a medida que éste se peronizara.

Sin embargo, debemos hilar más fino en torno a esta difícil y ambigua relación que la Iglesia católica habrá de sostener con respecto al Estado al que concebía, al menos en principio, como una herramienta apropiada para “cristianizar la sociedad”. Si aceptamos la hipótesis de que el catolicismo y el peronismo aspiraban a controlar la sociedad toda, no tardaremos en advertir que no contaban con los mismos medios para alcanzar tal fin; si el peronismo logró controlar de manera creciente el aparato del Estado a medida que se afianzaba en el poder, por su parte la Iglesia no contaba en principio más que con unas estructuras pastorales en las que no parecía confiar demasiado, a pesar del importante empuje que habían recibido desde que Santiago Copello se instalara al frente de la arquidiócesis de Buenos Aires en 1928: así la propia Iglesia se halló dispuesta a apelar al Estado, como bien señala Bianchi. Esta apelación nos revela dos cosas: por un lado, que la sociedad para la cual la Iglesia había elaborado su “proyecto” se hallaba cada vez más distanciada de esta última; las normas cuyo cumplimiento la Iglesia quería exigirle a sus fieles se tornaban cada vez más estrictas porque casi nadie parecía ya estar en condiciones de cumplirlas —de otro modo habrían sido sin duda más laxas. Por otro lado, pone en evidencia el hecho de que la Iglesia carecía por sí sola de los medios para lle-

var a cabo aquel proyecto, por más que desde la década de 1920 ella misma haya proclamado a viento y marea la idea de que constituía una “sociedad perfecta”, que se bastaba a sí misma... Por lo tanto, quizás debería sorprendernos el hecho de topar con una Iglesia que apele al Estado en lugar de desconfiar de él, y más en un momento en el que las estructuras pastorales se hallan relativamente consolidadas; debería sorprendernos, además, que una figura tan relevante como la del canónigo Gustavo Franceschi, para tomar sólo un caso, terminara por admitir que apelar al Estado era ineludible —aunque lo hizo, como todo, con muchas prevenciones— a pesar de su temprana experiencia en diversas asociaciones destinadas a la acción social (donde había aprendido muy por el contrario, y cuando aún no era canónigo, a desconfiar del Estado). Sorprende más aún, si consideramos que en la Argentina regía por entonces el sistema de patronato —así ocurrió hasta 1966— y no eran pocas las voces que desde la década de 1920 se habían alzado contra esta vieja prerrogativa estatal.

¿Basta entonces con invocar la amenaza comunista —o cualquier otro demonio de la modernidad— para explicar aquella persistente y casi generalizada apelación al Estado por parte de la Iglesia del período que nos toca? Esto es lo que la propia Iglesia ha afirmado en múltiples ocasiones y nos ha querido hacer creer; no obstante tenemos que considerar que han sido también múltiples las ocasiones en las que la Iglesia vio, o creyó ver, demonios a su alrededor pero sin por ello aferrarse al Estado para derrotarlos. Más sintomático es el hecho de que cuando el Estado la abandonó, o se convirtió en su contrincante, la Iglesia se sintió completamente desconcertada. Interesantes en este sentido son distintos episodios que nos revela Bianchi en relación con la actitud de la Iglesia ante la cultura de masas: consciente de que la Iglesia carecía de potestad jurídica para censurar la prensa y otras expresiones culturales, apeló al Estado a fin de que impusiera estrictas normas morales que de tan estrictas se volvían irreales; cuando el Estado no obedeció sus deseos, la Iglesia se sintió paralizada y no encontró más salida que predicar la rigidez de las normas que el Estado, en teoría, debía imponer: era éste, sin duda, un diálogo de sordos. Pero he aquí que intervienen los laicos haciendo justicia por mano propia ante una película considerada inmoral (*Bárbara Atómica*), censurando aquello que nadie ha querido o no se ha atrevido a prohibir y provocando escándalos que la propia Iglesia no se siente dispuesta a legitimar... Fueron laicos también quienes aparecieron en escena cuando el párroco Virgilio Filippo, en lugar de predicar el Evangelio, prefirió utilizar el púlpito para ganar adhe-

siones para el peronismo y obtuvo a cambio el repudio de su feligresía, que descubrió que prefería que el cura se dedicara simplemente a administrar los sacramentos y no a hacer campaña política a favor de Perón; sin embargo, seguramente esa misma feligresía había conocido muchos curas que se dedicaban a múltiples tareas que excedían “estrictamente” las de su ministerio. En fin, ¿qué relaciones existían entre el laicado y la Iglesia?, ¿cómo se habían desplegado éstas y quizás transformado en la primera mitad del siglo XX y cómo, finalmente, habrían repercutido en el modo en que la Iglesia se posicionaba frente al Estado?

Conocemos por los trabajos de Fortunato Mallimaci el impresionante despliegue que ha tenido la Acción Católica en su primera década de existencia, pero casi nada sabemos acerca del comportamiento que adoptaron ante este despliegue las casi infinitas asociaciones piadosas que pululaban desde hacía largas décadas en cada parroquia. En este sentido quizás ayude a iluminar este aspecto el hecho de que, según nos revela Bianchi, notables damas de la sociedad porteña, que habían controlado durante décadas importantes asociaciones, se vieron desplazadas del espacio social que ocupaban, no simplemente por la creación de la Acción Católica por parte del episcopado, sino por la aparición en escena de una mujer que no podía sino ser considerada una advenediza: Eva Perón, quien, entre otras cosas, se dedicaría a financiar capillas y levantar templos en barrios apartados, tarea que antes solían realizar las “notables”. No es difícil imaginar que estas mujeres, que se sintieron así desplazadas, pasaran a nutrir las filas del anti-peronismo.

Sin duda es mucho todavía lo que nos resta por conocer acerca de esta maraña de relaciones sociales, identidades políticas, fe e instituciones religiosas, pero los trabajos de Susana Bianchi, Loris Zanatta y Lila Caimari, con sus diversos matices y preocupaciones, aportan líneas de interpretación que deberán ser explotadas por futuros investigadores.—MIRANDA LIDA.

Bizberg, Ilán, y Meyer, Lorenzo (Coords.): *Una historia contemporánea de México. Tomo I: Transformaciones y permanencias*, Ed. Océano, México, 2003, 643 páginas.

No es una exageración afirmar que desde hace una década México no ha dejado de ser noticia en los medios de comunicación internacionales. El año de 1994 estuvo plagado de sucesos, tales como la entrada en vigor

del TLCAN, la sublevación del EZLN, los asesinatos del secretario general del PRI y del candidato a la presidencia del mismo partido, las elecciones presidenciales realizadas en un clima de paz y de confianza y la devaluación del peso. En el año 2000 México firmó un importante acuerdo político, comercial, educativo, cultural y de cooperación con la UE y el PRI perdió la presidencia de la República en una elecciones transparentes. En 2003, en las elecciones intermedias de reconfiguración de la Cámara de Diputados, el PRI recuperó parte de la fuerza perdida. En 2004 pareciera como si se estuvieran peleando las elecciones presidenciales de 2006. Las turbulentas relaciones con Cuba han hecho a comienzos de mayo de 2004 que el país azteca aparezca en las portadas de los periódicos de todo el mundo. La corrupción ha sido noticia casi permanente; los partidos se han dividido y sus líderes se han enfrentado en peleas sangrientas; la pobreza ha aumentado y la distribución del ingreso ha empeorado; la Justicia ha brillado por su ausencia; los ciudadanos han aumentado su desconfianza con respecto a los políticos; el Presidente Vicente Fox ha perdido popularidad al no cumplir con sus promesas electorales; la informalidad ha crecido; etc. Mientras tanto, la economía medida en macromagnitudes (PIB, deuda, déficit, inflación) se ha desenvuelto razonablemente bien durante la última década. Lo que nadie puede poner en duda es que en los últimos años se ha comenzado a hablar y a discutir de política en serio. Acusaciones, videos, declaraciones de todos contra todos han puesto sobre la mesa el hecho de que queda mucho por resolver en la política mexicana. Los pesimistas ven el vaso medio vacío. Los optimistas medio lleno.

Todos los analistas repiten que México necesita mejorar la división de poderes, crear un nuevo sistema de partidos, reformar el sistema fiscal, reformar el sistema de Justicia, aumentar la descentralización administrativa, instaurar una administración pública eficaz de carrera, definir una política social, crear los puestos de trabajo dignos que el país necesita, revisar las relaciones con los Estado Unidos, repensar la política energética, etc. No obstante, pocos recuerdan que uno de los temas centrales de México es comenzar a ofrecer nuevas reinterpretaciones del pasado, ya que el momento de cambio que vive México necesita de una revisión de la interpretación del pasado a fin de poder tener más libertad para diseñar un futuro más plural y flexible; y reflexionar sobre la construcción de un nuevo nacionalismo. México necesita disponer de una nueva identidad que permita la convivencia de diferentes grupos culturales sin que ninguno de ellos tenga que

renunciar obligatoriamente a sus valores. El mestizaje como elemento integrador tiene que dejar paso a otro discurso plural

Hasta la fecha, se manejaba tradicionalmente una historia oficial basada en el nacionalismo revolucionario creada y mantenida por el PRI durante décadas. Ahora, tras la alternancia política, era necesario urgentemente impulsar una revisión de la interpretación del pasado. Habían sido publicados artículos sueltos y capítulos de libros, pero estábamos a la espera de una Nueva Historia. Sin duda, la Historia Contemporánea de México coordinada por Ilán Bizberg y Lorenzo Meyer, ambos profesores de El Colegio de México, es la reflexión que necesitaba el país sobre su presente y su pasado inmediato. El primer volumen (único aparecido hasta la fecha) comienza con una excelente visión general de los problemas del México actual firmado por Lorenzo Meyer. Posteriormente, se van analizando las relaciones exteriores con especial mención de las relaciones con EE UU, la migración y el desarrollo del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá (Lorenzo Meyer); el crecimiento y el comercio (José Romero); la política económica (Manuel Gollás); el auge y decadencia del corporativismo (Ilán Bizberg); la construcción de la democracia electoral (Alberto Aziz); la migración a Estados Unidos (Francisco Alba); la deuda externa (Carlos Marichal); y la evolución de la desigualdad (Fernando Cortés). Una bibliografía bien escogida, un material estadístico excelente y una selección de fotografías completan el volumen. Estas últimas muestran claramente la cara de un México pobre y violento. Quizás habría que haber incluido algunas de las riquezas para exhibir precisamente las desigualdades económicas y las diferencias culturales.

La nueva Historia Contemporánea de México sale a la luz en el momento preciso. Tras su lectura, queda claro que el país necesita urgentemente repensar su pasado para poder construir un futuro más libre. Las necesarias reformas política, administrativa y fiscal no son posibles sin estudiar previamente desde ángulos nuevos la historia del México del PRI (1929-2000). La evolución económica no puede ser entendida sin replantear el comportamiento de las políticas de Industrialización por Sustitución de Importaciones de mediados del siglo XX y las consecuencias de la apertura comercial y desregulación económica de finales de siglo. Los retos sociales del siglo XXI no pueden ser abordados sin reflexionar sobre los últimos cambios acaecidos en las identidades. El mestizaje como elemento integrador parece que tendrá que ir siendo sustituido por un discurso más

plural. Los autoidentificados como “mestizos” (80% de la población) tendrán que comprender que “los no mestizos” (los “indios” representan un 16%) no tienen que renunciar obligatoriamente a su cultura para seguir siendo mexicanos. El problema de las “minorías culturales” no reside en su capacidad de integración, sino en la no aceptación de la mayoría de la sociedad a aceptarlas tal cual son. Una sociedad plural exige un esfuerzo por parte de todos los componentes para construir un esquema de identidad múltiple y flexible.

La aparición del presente volumen es, sin duda, una noticia importante no sólo para los historiadores, sino para el conjunto de la sociedad mexicana. Bien escrito y magníficamente presentado se ha convertido desde su aparición en una referencia obligada. Ninguna biblioteca privada ni pública podrá dejar de tenerlo en sus anaqueles. Tenemos que agradecer a sus coordinadores la inteligencia de su concepción y la valentía de su puesta en escena. La sociedad mexicana ha presionado para el cambio político y ha demostrado una buena dosis de paciencia. Sin embargo, todavía no se han cosechado los resultados esperados. Sólo cuando se consiga que la gestión anónima y transparente de lo público se haga en beneficio del conjunto de la sociedad se habrá terminado de dar el gran cambio en la política en México. El problema es cómo convencer a los “políticos” para que depongan su actitud de actuar en lo público con la finalidad de alimentar sus intereses privados.

Lo que toca ahora discutir es cuáles pueden ser los mecanismos para que los retos que tiene México para perfeccionar el Estado de Derecho lleguen a buen fin. El cambio generacional no parece ser suficiente y la revolución armada no es deseable. Hay que confiar que todo transcurra pacíficamente a través de las instituciones. Quizá lo más eficaz es que los políticos se vean sometidos al final de su administración a realizar una rendición de cuentas y que todos los ciudadanos dispongan de los mecanismos transparentes eficaces y rápidos para denunciar cualquier abuso de poder. El problema es que todo ello implica tiempo, además de un complicado esquema que combine las acciones de corto, medio y largo plazo. Además, como el tiempo es corto, existe el peligro de que aparezca un líder carismático que ofrezca la solución mágica a todos los problemas de forma inmediata o que plantee el regreso a tiempos pasados. La solución violenta (revolución armada) o la carismática (regreso a políticas populistas) no parecen probables en este momento en México. El problema sigue siendo cómo romper las relaciones clientelares para pasar de un Estado en

el que rigen las prebendas y los favores a otro formado por derechos y obligaciones y en el que la ley no se negocie. México está en un momento en el que una acción puede generar o un paso de gigante hacia delante o un retroceso lamentable. La discusión abierta de los problemas de México en foros nacionales e internacionales es una buena alternativa para conjurar el no deseable retroceso. Las opiniones externas no deben ser vistas como injerencias inoportunas, sino como una ayuda para diagnosticar problemas e imaginar soluciones. La palabra tiene un gran valor. Un pacto político entre los partidos sería recomendable para definir qué es lo que se quiere hacer con el futuro de México. Ello ayudaría a evitar discusiones bizantinas sobre los mecanismos a emplear sin previamente fijar la meta de qué es lo que se quiere conseguir. En México nadie pone en duda que hay libertad de expresión. La sociedad mexicana ya ha hablado a través de las urnas. Los académicos han puesto su grano de arena publicando artículos y libros y discutiendo los temas centrales en foros, seminarios y conferencias. Ahora tienen que hablar los políticos con acciones. El tiempo de confianza se agota. La sociedad espera resultados. Los privilegios de unos no pueden seguir poniendo en peligro la vida de millones de habitantes. Una nueva historia del pasado ha comenzado a abrir las ventanas del futuro.—PEDRO PÉREZ HERRERO.

Bertoni, Lilia Ana: *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001, 319 páginas.

Lilia Ana Bertoni discute en este libro una difundida hipótesis historiográfica que sostiene que hacia 1910 se percibe, en la Argentina, una preocupación por la cuestión de la nacionalidad que en la década de 1920 toma forma de ideología y de movimiento intelectual y político. A su juicio, esta preocupación es parte de un proceso de largo aliento que crece junto al movimiento romántico, se mezcla con la construcción del Estado nacional y se intensifica en las dos últimas décadas del siglo XIX por efecto de la confluencia de dos factores: la inmigración masiva y el arranque de una nueva fase en la construcción de las naciones y las nacionalidades europeas. Bertoni postula al respecto que los estudios sobre ese período han centrado su atención preferentemente sobre el primero de los factores mencionados,

ocluyendo de este modo la importancia que su interacción con el segundo tuvo en la definición de un proceso que prefiguró un universo ideológico, fundó jurisprudencia y moldeó instituciones perdurables.

La obra está estructurada en dos partes cuyos títulos aluden al sentido de las preocupaciones generadas, en un orden temporal sucesivo, por la cuestión de la nacionalidad. La primera parte, titulada “La nacionalidad en marcha”, tiene como objeto el impacto político e ideológico de los notables cambios sociales operados en el país en la década del ochenta. El tema, objeto de obras destacadas de la historiografía argentina, es abordado aquí desde una perspectiva que pone en diálogo la situación nacional con el contexto internacional.

El primer capítulo de este apartado explora la progresiva desilusión de la elite dirigente por los perturbadores resultados de las vertiginosas transformaciones operadas en la Argentina, desilusión que devino en temor cuando varias potencias europeas asumieron que la nacionalidad legitimaba la existencia de las naciones. A la luz de este principio, la presencia de colectividades empeñadas en mantener y transmitir la cultura de origen a través de celebraciones públicas y de una dinámica red de instituciones, marcó una señal de alerta que puso en la mira a las escuelas que sostenían algunas comunidades extranjeras, como la italiana.

La elite dirigente debatió los efectos de esta nueva situación que ponía en cuestión el principio de un país “abierto a todos los hombres de buena voluntad que quieran habitar el suelo argentino”, consagrado por la Constitución Nacional de 1853. Bertoni recorre estos debates y estudia sus efectos legislativos e institucionales en dos capítulos titulados, respectivamente, “La escuela y la formación de la nacionalidad, 1884-1890” y “Héroes, estatuas y fiestas patrias: construir la tradición patria, 1887-1891”.

El primero de ellos se detiene en el impulso dado a la educación pública. La autora advierte, al respecto, que la promulgación de la ley de obligatoriedad de la enseñanza primaria forma parte de un conjunto de medidas, entre las que se destacan la afirmación internacional del criterio de ciudadanía y de jurisdicción por el principio de la ley territorial y la campaña emprendida en 1886 para labrar una educación capaz de cimentar la nacionalidad.

En el segundo, analiza el movimiento generado en torno a la voluntad de construir una tradición patria, impulso que se manifestó en la definición de símbolos patrios, la creación de museos, la construcción de estatuas y

monumentos, la realización de homenajes a los prohombres de la patria y el despliegue de una intensa actividad en el estudio del pasado que se expresó en libros, conferencias y revistas especializadas.

Seguidamente, “El desafío de los extranjeros, 1887-1894: ¿nacionalidad o derechos políticos?”, estudia el ciclo de conflictividad social y política que se abre al despuntar la década del noventa. El análisis se detiene primeramente en el papel desempeñado por los extranjeros en la Revolución de 1890, en la creación de la Unión Cívica y en las movilizaciones de residentes extranjeros que reclamaron, a través de instituciones como el Centro Político Extranjero, la obtención de derechos políticos sin el requisito de la nacionalización. Aborda seguidamente los conflictos de 1893, protagonizados por la Unión Cívica y grupos de extranjeros, conflictos que tuvieron su expresión más notable en la protesta armada de los colonos de la provincia de Santa Fe, que tomaron el control de la capital provincial y otras localidades durante varias semanas. El capítulo pone de relieve la relación entre estos conmocionantes sucesos y la emergencia, en el seno del movimiento patriótico, de voces que manifestarán una concepción de la nación esencialista, defensiva y excluyente.

La segunda parte de la obra tiene por objeto el estudio de una etapa que tendrá por marco el debate anunciado por la emergencia de esas voces: “¿Cuál nación?”. En “Un balance crítico” Bertoni explora el impacto político e ideológico de los conflictos de 1890 y 1893 y su traducción en la progresiva definición de dos concepciones de nación y de nacionalidad. Una de ellas, calificada de “cosmopolita” por sus antagonistas, entenderá a la nación como un cuerpo político basado en un contrato de incorporación voluntaria con amplias libertades para los extranjeros, principio plasmado en la Constitución de 1853 y en leyes fundamentales como la de ciudadanía de 1869 y la de inmigración de 1876. La otra, autoproclamada nacionalista, se inclinará por una concepción cultural esencialista de la nación, evidenciando la ruptura del consenso que había permitido la consagración normativa del liberalismo.

Los capítulos que conforman este apartado advierten que ambas posturas encarnaron una preocupación que tiñó casi todos los temas y cruzó transversalmente a la sociedad. Los partidos políticos, las instituciones públicas y las asociaciones civiles contaron con adherentes a una y otra concepción, generándose un tenso campo de disputa que no terminó de definirse por el predominio de una u otra concepción. Develan, al mismo tiempo, hasta qué punto la posibilidad de un conflicto armado con Chile

crispó la cuestión de la nacionalidad, involucrando, de un modo u otro, a casi toda la sociedad, sin distinción de clases o posturas políticas. La amenaza externa promovió el diseño de políticas que buscaban la confraternidad con las colectividades extranjeras, para cerrar las heridas abiertas por los conflictos de 1890 y 1893 y para consolidar el potencial frente bélico.

“Una lengua, una raza, una nación, 1890-1900”, recupera la empresa de búsqueda en el pasado de los rasgos originales de la nación impulsada por los esencialistas. La autora explora las proyecciones de esta empresa enmarcada por la política de confraternidad con las comunidades extranjeras y fuertemente influida por los avatares de la guerra de independencia de Cuba, en proyectos legislativos, convenciones constitucionales y congresos nacionales e internacionales.

El capítulo que le sigue, “Soldados, gimnastas y escolares: defender la nación”, se sumerge en un tema poco estudiado y que se devela sumamente importante por sus proyecciones sociales e ideológicas. El impulso a la formación de ciudadanos soldados y la creación de sociedades deportivas y de tiro se revelan en este análisis como empresas con un alto impacto social, que tuvieron entre sus efectos más notorios la imposición de un aura de prestigio sobre la vida militar y sobre el ejército nacional.

El último capítulo, titulado “Un panteón nacional, 1886-1900”, aborda el notable impacto historiográfico del proceso que constituye el objeto de la obra. El análisis presta especial atención a los debates generados por la idea, compartida por todos, de construir una tradición nacional y una historia patria. Resulta particularmente interesante el tratamiento de los conflictos provocados por la propuesta de sumar a Giuseppe Garibaldi al panteón de héroes concebido por los impulsores de la política de la confraternidad.

El libro de Lilia Ana Bertoni, cimentado en un riguroso trabajo sobre un vasto repertorio testimonial, demuestra, por un lado, la pertinencia de incorporar el factor internacional al análisis de la emergencia de la cuestión nacional en la Argentina, operación que redefine las claves interpretativas más aceptadas sobre la construcción de la Argentina moderna. Demuestra también la falta de sustento de la hipótesis historiográfica más difundida sobre la configuración de la ideología nacionalista y sobre la conformación del movimiento nacionalista argentino, cuyos tópicos fueron claramente definidos mucho antes del Centenario y de la década de 1920.—AGUSTINA PRIETO.

Devoto, Fernando J.: *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Siglo XXI de Argentina, Buenos Aires, 2002, 306 páginas.

Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna es un libro muy sólido, en el que Fernando Devoto despliega una erudición y talento notables. Su hipótesis central sostiene la debilidad y subalternidad del nacionalismo autoritario ante la perdurable hegemonía liberal en las tres primeras décadas del siglo XX argentino. El objetivo del libro no es poco ambicioso: se trata de estudiar al nacionalismo político de derecha, el denominado a partir de Taguieff “nacionalismo de los nacionalistas”, marcadamente antiliberal y restrictivo, en el contexto del seno del nacionalismo cultural de raíces decimonónicas, arraigado en la tradición liberal.

Tomando como punto de partida el “nacionalismo antes del nacionalismo”, el estudio de Devoto comienza con el examen del contraste entre la voluntad de clausurar el pasado de la generación del 37, portadora de un proyecto en que la nación se encontraba al final del camino, con la operación de creación de un relato histórico nacional por Mitre. Con la década de 1880 y la aprensión generada en la elite ante la masiva presencia inmigratoria, parecían reunirse los requisitos para posibilitar el surgimiento de un movimiento nacionalista, como la idea de amenaza y decadencia, y la presencia de un otro concebido como enemigo. Sin embargo, estos rasgos no desembocaron en un movimiento coherente, confluyendo en cambio con otros procesos —como la emergencia de la cuestión social— para ampliar las perspectivas de un nacionalismo cultural, homogeneizador, que alcanzaría un amplio consenso entre las distintas fracciones de la elite. De allí concluye el autor que el clima del Centenario, lejos de abreviar exclusivamente en la reacción antipositivista, hunde profundamente sus raíces en aquella configuración de la Argentina de fines del siglo XIX.

En efecto, el autor sostiene que es dentro de la misma tradición liberal, en los mismos pensadores de matriz positivista, donde se manifestaba ya desde antes de la reacción espiritualista la crisis de algunos postulados de la tradición liberal y la afirmación de la necesidad de una mayor homogeneidad cultural. En esta perspectiva, la argentinización de los inmigrantes se manifestará como un problema central de la nación, perspectiva en la que el positivismo no se diferenció demasiado del tradicionalismo católico.

Por ello, en la óptica de Devoto, las propuestas intelectuales del Centenario “están todavía en buena parte indisolublemente ligadas y enrai-

zadas en la tradición liberal precedente”, mientras las líneas de fractura y solidaridad entre los campos culturales los generaba la toma de posición ante los mitos fundadores y los símbolos que debían articular la Argentina moderna —presente en las polémicas en torno a *La Restauración Nacionalista* y *El Payador*— más que los deslindes políticos o ideológicos.

Será la llegada al gobierno de Yrigoyen el momento en que el sistema político mismo comience a ser cuestionado, revisión que, lejos de ser patrimonio de los nacientes grupos nacionalistas, sería compartida por buena parte del mundo conservador. Sin embargo, se insinúa ya una fractura entre las lecturas que enfatizaban el carácter liberal pero no democrático de la Constitución de 1853 y aquéllas que se encaminarían hacia la supresión de las propias instituciones liberales.

No sería la amenaza roja la impulsora de estas tendencias sino el carácter plebeyo del radicalismo, disolviéndose así la amenaza de la revolución en el proceso de democratización. Devoto afirma que el surgimiento del nacionalismo político autoritario es hijo del proceso iniciado en 1916, y por lo tanto, estará condicionado por las características ideológicas y el lugar del radicalismo en el espacio político argentino. Tales condicionamientos explican el aire de familia de los primeros nacionalistas —en sus propuestas, sus críticas y su sociabilidad— con el mundo conservador y sus limitaciones para construir una alternativa ideológica y política.

Tal el caso de la Liga Patriótica, a la que Devoto califica como protofascista, sin dejar por ello de ubicarla en la versión más conservadora de la corriente abierta por el liberalismo decimonónico. No deja de resultar problemático el caso de la Liga Patriótica en el esquema explicativo de Devoto, ya que a lo largo de más de una década su enemigo privilegiado no fue el radicalismo —partido con el que las relaciones de la LPA distaron de ser hostiles— sino el movimiento obrero, mientras su retórica apeló recurrentemente a la denuncia del peligro revolucionario.

Devoto dedica una mirada similar a *La Nueva República*, expresión de un nacionalismo desmovilizador, crítico de la democracia aunque defensor de la Constitución Nacional, cuyas perspectivas ideológicas y lazos de sociabilidad ejemplifican la labilidad de las fronteras entre conservadurismo y nacionalismo temprano. Pese a su retórica maurrasiana, la moderación de los jóvenes de *La Nueva República* los ubica —en el juicio de Devoto— más cerca del conservadurismo del siglo XIX que de la Acción Francesa. Esta afirmación parece poco cuestionable, al menos hasta el momento en que, hacia septiembre de 1930, la revista viró hacia posicio-

nes decididamente antiliberales y de matices corporativistas. Menos acertada resulta la estrategia adoptada por el autor para demostrar el carácter “bien temperado” del maurrasianismo neorepublicano, consistente en destacar el menor peso relativo del antisemitismo en su retórica en comparación con la del movimiento francés. No se trata sólo de preguntarse por la conveniencia metodológica de esta comparación —de hecho, consideramos más fértil una estrategia que permita cotejar los rasgos antisemitas de este periódico con otras publicaciones aparecidas en los años inmediatamente anteriores o posteriores en la Argentina— sino de señalar que Devoto minimiza tal presencia en *La Nueva República* y ocluye la existencia de miradas conspirativas sobre los judíos —que ganarían centralidad con la progresiva radicalización de la publicación— formuladas por sus principales plumas.

El mismo carácter temperado del nacionalismo y sus múltiples puntos de contacto —ideológicos y sociales— con el conservadurismo resultan la clave explicativa del fracaso de Uriburu, ya que al escaso consenso con el que podía contar una salida corporativista se sumaba su debilidad teórica, contrastante con el sólido arraigo político y social del proyecto conservador de continuidad constitucional. 1932 marcará entonces no sólo el fracaso del uriburismo, sino la culminación de “un largo proceso iniciado en el otoño del orden conservador”.

A partir de entonces, otros componentes intelectuales integrarán el bagaje de la derecha: hispanismo reaccionario, catolicismo, antisemitismo, anticonservadurismo, serán banderas de un movimiento que se puede caracterizar como fascismo criollo. A partir de esta afirmación Devoto sostiene la existencia de un verdadero corte entre ambas configuraciones nacionalistas, tanto en cuanto a sus rasgos ideológicos cuanto en lo relativo a su composición social. Sin embargo, esta afirmación requiere una necesaria matización, ya que en ambos casos resulta tan legítima la búsqueda de continuidades cuanto de rupturas. De hecho, no fueron pocos los hombres del período estudiado por Devoto los que confluyeron en las nuevas formaciones nacionalistas, ni fueron escasas las referencias ideológicas que, desarrolladas en los '20, se profundizarían en la década siguiente. Y en esa misma década, como lo demuestran los casos de Sánchez Sorondo o Fresco, la pertenencia a los mundos del conservadurismo y el nacionalismo no se tornaron excluyentes.

Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna se suma a la renovación que en el último lustro ha contribuido a transformar

nuestras imágenes de las derechas argentina y latinoamericana. Al postular la debilidad de la tradición nacionalista y la perennidad del liberalismo, para sostener que, en última instancia, el autoritarismo jamás logró consolidarse en la Argentina del siglo XX, Devoto marca una distancia con buena parte de la historiografía sobre la derecha argentina, agregando a las cualidades de su obra un indudable cariz polémico.—DANIEL LVOVICH.

Suárez de la Torre, Laura (coordinadora): *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la ciudad de México, 1830-1855*. Instituto Mora, México, 2003, 554 págs.

Conocí a la coordinadora de este libro y a los seis autores que participaron en la obra colectiva, en mayo del 2000, cuando la doctora Suárez de la Torre organizó en el Instituto Mora, donde ella trabaja, el Coloquio Internacional “Empresa y cultura en tinta y papel”. La participación en este Coloquio me permitió acercarme a los colegas interesados en el mundo de la edición en México durante el siglo XIX y pude comprobar que los trabajos allí presentados daban respuestas a muchas de las preguntas que, con otros historiadores, habíamos planteado sobre las continuidades del sistema editorial mexicano del periodo colonial.¹ Después de esa fecha, me fue imposible continuar este diálogo entre el equipo que coordina la doctora Suárez de la Torre y los que trabajamos los siglos coloniales.

Hoy, que han pasado tres años y medio y que tenemos cuatro obras colectivas recientes y varios artículos sobre la historia del libro en México, podemos retomar ese diálogo tan necesario. En el 2001 apareció el libro *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, coordinado por la misma Laura Suárez de la Torre, editado por Miguel Ángel Castro y publicado por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora y la Universidad Nacional Autónoma de México. Los artículos de esta obra se refieren a los problemas e intereses editoriales, a las actividades de impresores, libreros, librerías y gabinetes de lectura; al ámbito de las lecturas; a los proyectos y éxitos editoriales y a la relación del periodismo con la literatura en la primera mitad del siglo XIX.

¹ Castañeda, Carmen: “Antecedentes del sistema editorial mexicano”, en *Libros de México*, núm. 59, octubre-diciembre 2000, págs. 5-11.

Nuestro libro, *Del autor al lector. I. La historia del libro en México y II. La historia del libro*, que coordiné con Myrna Cortés y que publicó en el 2002 el CIESAS y la editorial de Miguel Ángel Porrúa, a través de sus veinte artículos da a conocer las posibilidades que ofrece la historia del libro, pues esos trabajos muestran las diversas fuentes y técnicas que pueden ser empleadas y las ideas que deben guiar la investigación del comercio, circulación, censura, edición, posesión y cultura del libro.

Dos magníficas obras aparecieron en el 2003, *Grafías del imaginario. Representaciones culturales en España y América (siglos XVI-XVIII)*, compilado por dos historiadores españoles, Carlos Alberto González S. y Enriqueta Vila Vilar, y publicado por el Fondo de Cultura Económica, y *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la ciudad de México, 1830-1855*, coordinado por Laura Suárez de la Torre y publicado por el Instituto Mora en su colección de Historia social y cultural.

Grafías del imaginario reúne artículos que estudian las apropiaciones de la cultura impresa y complementa los trabajos presentados en *Del autor al lector* para la época colonial. En cambio, *Constructores de un cambio cultural* tiende un puente entre las investigaciones sobre el periodo colonial y las que se dedican al siglo XIX y establece relaciones entre unas y otras. En esta reseña quiero mostrar cómo este libro, además de otras características, crea un diálogo muy saludable entre los historiadores del libro y la lectura.

Constructores de un cambio cultural está formado por siete capítulos, seis de los cuales ofrecen investigaciones sobre el quehacer editorial de impresores, que al mismo tiempo eran libreros en la ciudad de México. Sus actividades abarcaron veinticinco años, de 1830 a 1855. El último capítulo se dedicó a reconstruir el mundo de la lectura con base en el examen de librerías y gabinetes de lectura en la capital mexicana, entre 1821 y 1855. Los siete capítulos, así como el prólogo, escrito por la doctora Suárez de la Torre, son el resultado del proyecto de investigación “Empresarios-editores en la ciudad de México, 1830-1855”, realizado en el Instituto Mora.

El tema del proyecto explica los dos aspectos principales desarrollados en cada capítulo. Los autores reconstruyeron tanto la historia de las empresas que establecieron Mariano Galván Rivera, Ignacio Cumplido, José Mariano Lara, Vicente García Torres, Rafael de Rafael Vilá y José María Andrade, como el sentido e influencia cultural de sus actividades editoriales, con base en un enorme trabajo en archivos, en una amplia bibliografía, en anuncios de la prensa periódica y en las publicaciones de los mismos impresores-editores, que todavía se conservan.

En este libro encontramos muchas semejanzas entre esas empresas editoriales y otros negocios, establecidos en la ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX, que se enfrentaron a los problemas del crédito, las deudas y la competencia, como lo atestiguan muchos documentos notariales. Para una historiadora de los libros y la lectura, lo más interesante fue encontrar muchas continuidades en los géneros de publicaciones y en las estrategias editoriales que Mariano Galván Rivera implementó en sus dos librerías, donde había tertulias, y en su imprenta.

Los investigadores de las imprentas, librerías y bibliotecas coloniales ya habíamos descubierto que en las ciudades más importantes de la Nueva España circulaba una enorme variedad de libros. La oferta y la demanda no se limitaba a los “textos religiosos y moralizantes”, ni había una “escasa variedad de libros puestos en venta”, como lo afirma Laura Solares, (pág. 39). Las imprentas y librerías de la ciudad de México y Guadalajara ofrecieron, en los siglos XVII y XVIII y primeros años del XIX, diversos géneros de libros europeos en traducciones españolas y de libros de las imprentas mexicanas y poblanas, que podían ser versiones originales, traducciones o reimpressiones de obras europeas.² Además los libros llegaron a poblaciones tan distantes de la capital como las que atravesaba el Camino Real de Tierra Adentro: Zacatecas, Durango, Parral y Santa Fe.³

Las suscripciones, que permitían a los lectores adquirir publicaciones periódicas o libros a plazos y que relacionaban a los lectores con los editores, eran prácticas empleadas desde el siglo XVIII. Los estudios de este libro permiten apreciar la persistencia y éxito de esta maniobra editorial en el siglo XIX.

Encontré continuidades en publicaciones de Mariano Galván: en el *Catecismo* del Padre Jerónimo Ripalda, libro que completaba la formación en la doctrina cristiana iniciada en las cartillas (probablemente Galván pudo adquirir el privilegio o “propiedad literaria” que el impresor poblano Don Pedro de la Rosa tenía de esta obra, que gozaba de una gran demanda de lectores); en los calendarios, ya editados anteriormente, lo mismo que

2 Castañeda, Carmen: “Cuando los libros y la imprenta llegaron a Guadalajara”, en *Libros de México*, núm. 38, enero-marzo 1995, págs. 25-34.

3 Castañeda, Carmen: “La circulación de libros por el camino real de tierra adentro”, en *El Camino Real de Tierra Adentro. Primer Coloquio Internacional*. National Park Service-INAH, Chihuahua, México, 1997, págs. 259-279, y de la misma autora: “Circulación, censura y apropiación de libros al norte de la Nueva España, siglos XVI y primera mitad del XVII”, en Kohut, Karl, y Rose, Sonia V. (eds.): *La formación de la cultura virreinal. I: La etapa inicial*. Iberoamericana-Vervuert Verlag, Madrid-Frankfurt, 2000, págs. 271-283.

los pronósticos y las guías de forasteros, por don Mariano Joseph de Zúñiga y Ontiveros en la ciudad de México; en obras destinadas a fomentar las devociones como el *Año cristiano*; en las que necesitaba el clero como el *Breviario romano*, el *Diurno* o las *Rúbricas del misal romano reformado*; en las obras de jurisprudencia como la *Curia filípica mexicana* y en las que servían para que los estudiantes aprendieran el latín, como *El arte explicado*. La novedad de estas seis publicaciones fue que empezaron a realizarse en la imprenta mexicana de Galván y no en españolas, como hasta finales del periodo colonial.

Con los calendarios, Galván pudo enriquecer y embellecer esa fórmula editorial y lograr un éxito, comprobado por su enorme alcance geográfico, que podemos apreciar en el mapa de la página 67. Similar continuidad se puede detectar en la librería de Galván, que vendía cartillas y catones, libros empleados para la enseñanza de la lectura desde el siglo XVI. Para este aprendizaje Galván también ofrecía carteles de lectura, libros de papel en blanco, pizarras y muestras de letra. Lo importante de esta última empresa radicó en que pudo atender “las necesidades del gobierno, del público lector común y de los especialistas” (pág. 52).

El artículo de María Esther Pérez sobre la imprenta de Ignacio Cumplido muestra el funcionamiento del taller tipográfico y el control que este impresor-editor tenía de todo el proceso editorial en su negocio, que produjo una diversidad de publicaciones. Sobre esta producción, la autora rescató las revistas literarias con ilustraciones como *El Mosaico Mexicano*, *El Museo Mexicano*, *El Álbum Mexicano* y *La Ilustración Mexicana*; las obras literarias como el *Quijote de la Mancha* y *Gil Blas de Santillana*; la folletería, las publicaciones oficiales, los calendarios y los periódicos como *El Siglo Diez y Nueve*, cuya difusión alcanzó casi a todo el país y a ciudades extranjeras. Esta investigación permitió deducir que personas como Ignacio Cumplido lograron inventar la profesión de impresor-editor.

La coordinadora de este libro, Laura Suárez de la Torre, estudió la formación de la empresa de José Mariano Lara, que abarcaba dos imprentas en donde además vendía libros, del mismo género de los que ofrecía en sus librerías Mariano Galván, libros para los escolares como el *Catecismo* de Ripalda o el *Compendio Histórico* de Claude Fleury.

José Mariano de Lara también se dio a la tarea de publicar literatura europea, como lo hizo Galván. De esta imprenta salió la conocida obra de Jacques-Henri-Bernardin de Saint-Pierre, *Pablo* y *Virginia*, o de Mariano José de Larra, las *Obras completas de Fígaro*, o de Eugenio Sue, *Los mis-*

terios de París; revistas literarias y periódicos, igual que Don Ignacio Cumplido, como el *Liceo Mexicano* o *El Tiempo*; calendarios y publicaciones oficiales.

La investigación sobre el impresor-editor Lara ayuda a comprender el funcionamiento de un taller tipográfico porque explica el problema de la escasez de papel al que se enfrentaron todas las imprentas, desde la época colonial. Esta investigación también habla de un editor que representó el paso de la vida de la Colonia a la de la Independencia, pues sus impresos comprendieron tanto “los tradicionales religiosos” como “las novedades científicas, literarias e históricas”.

Othón Nava Martínez se encargó del cuarto impresor, Vicente García Torres, conocido sobre todo porque fue el dueño y editor del periódico *El Monitor Republicano*, que circuló en casi todo el país. Parece que a través de la traducción de libros ingresó al mundo editorial, como lo demuestran los que empezó a imprimir, entre ellos un catecismo de ciencias, destinado para los niños y que tradujo del inglés, un *Tratado completo de Diplomacia* y la obra *El Universo pintoresco o Historia y descripción de los pueblos*, traducidos del francés.

García Torres fue más allá que sus colegas editores en el interés por publicar libros para niños, pues él emprendió la publicación de la primera revista dedicada a la niñez, el *Diario de los Niños*, cuyo fin era “instruir a los niños y cooperar de alguna manera a la mejora de la sociedad” (pág. 261). Este editor también pensó en las mujeres como lectoras y en 1840 empezó a publicar la primera revista femenina, el *Semanario de las Señoritas Mexicanas*. Aunque seguía los modelos que representaban las revistas de sus compañeros editores Galván y Cumplido, la revista tuvo un contenido original y una aceptación considerable, como se aprecia en el mapa que indica el lugar del origen geográfico de suscriptores (págs. 270 y 271). Luego publicaría el *Panorama de las Señoritas*.

García Torres “dedicó sus producciones” no sólo a los niños y las mujeres, sino también a los artesanos y agricultores y además fue fiel a estos públicos, editó libros de temas poco tratados, a precios módicos y de buena calidad, y continuó con la publicación del famoso *Calendario de Galván* porque compró, en la década de 1840, la imprenta de Mariano Galván.

Mientras que a García Torres se le identificó con la causa liberal, sobre todo por la publicación de *El Monitor Republicano*, al editor Rafael de Rafael Vilá se le conoce por sus ideas conservadoras reflejadas en la edi-

ción de otro periódico, *El Universal*, empresa que llevó a cabo junto con Lucas Alamán.

Precisamente Juan Rodríguez Piña se encargó de estudiar la actividades de Rafael de Rafael, un editor catalán que vino a la ciudad de México invitado por el conocido impresor-editor Ignacio Cumplido. Esta relación fue más estrecha que la de Mariano Galván y Vicente García Torres, y por tanto más conflictiva. Rodríguez Piña analiza cuidadosamente el pleito entre Rafael y Cumplido, lo que permite apreciar el mundo de la tipografía entre 1843 y 1855.

Rafael de Rafael, después del periodo que trabajó con Cumplido, instaló su propio negocio relacionándose con la Iglesia y con los conservadores, y empezó a publicar *El Católico. Periódico Religioso, Político-Cristiano, Científico y Literario*, que circuló entre 1845 y 1847.

Aunque en todas las investigaciones para este libro, los autores ubicaron adecuadamente a los impresores-editores en el contexto de la época, sobresale la del editor Rafael, cuyas actividades políticas en el grupo conservador motivaron a Rodríguez Piña a escribir un minucioso estudio de “la intensa labor de difusión ideológica que [Rafael] llevó a cabo a través de *El Universal*” (pág. 307), como también de los conflictos que obligaron a este impresor a salir del país y le llevaron a participar en la diplomacia mexicana.

A Miguel Ángel Castro le correspondió el estudio de José María Andrade, quien se distinguió por su amor a los libros como editor, librero y bibliógrafo. Con Rafael de Rafael y Felipe Escalante editó el *Diccionario Universal de Historia y Geografía* y unas 135 obras a lo largo de quince años, que han sido localizadas en la Biblioteca Nacional de México. Adquirió la librería del Portal de Agustinos 3, que había sido de Mariano Galván, donde fomentaba una tertulia “para quienes defendían un proyecto de república centralista y monárquica, inspirado notablemente por Lucas Alamán” (pág. 406). Castro presenta una biografía de Andrade escrita por el Padre Vicente de P. Andrade, sobrino del editor; su labor de editor y librero; un recuento de libros que editó y su perfil como bibliógrafo a través del examen de “la venta de su valiosa biblioteca en Europa en 1869” (pág. 384).

Los trabajos editoriales que Andrade realizó con Felipe Escalante continuaron los que había iniciado Rafael de Rafael y, junto con los de José Mariano Lara, ayudaron a formar una opinión pública que “se identificó con el pensamiento conservador durante seis décadas del siglo XIX”

(pág. 415), en rivalidad con las ideas liberales que respaldaban Ignacio Cumplido y Vicente García Torres. Sin embargo, en el terreno de la literatura y la divulgación de conocimientos hubo coincidencias.

Cierra este libro colectivo la investigación de Lilia Guiot de la Garza sobre un tema fascinante, el mundo de la lectura en la ciudad de México entre 1821 a 1855, que reconstruye a partir de lo que ofrecían 59 comercios (alacenas, cajones, librerías y gabinetes de lectura) “como sitios de difusión de la cultura impresa”.

Entre las diez grandes librerías localizadas, me agradó encontrar dos, la de Alejandro Valdés y la Mariano de Zúñiga y Ontiveros, que tenían relación con la librería de la única imprenta que tuvo Guadalajara de 1793 a 1821, cuyo primer dueño, Mariano Valdés Téllez Girón, también era hijo de Manuel Antonio Valdés y Munguía, quien en 1767 empezó a trabajar como impresor y editor en la casa Zúñiga y Ontiveros, padre e hijo, donde llegó a ser el administrador de la imprenta y encargado de la librería o “tienda pública de devocionarios en la calle de la Palma”. En 1792 Manuel Antonio Valdés encargó una imprenta a Madrid para que su hijo Mariano se estableciera con ella en Guadalajara. De esta forma se dio una relación entre los Zúñiga y Ontiveros y los Valdés y entre la ciudad de México y Guadalajara.⁴

Me volvieron a llamar la atención las librerías de Mariano Galván Rivera. Esta vez porque ofrecían libros de autores muy leídos en Guadalajara en los mismos años, Ignacio García Malo, Benito Bails, Jacobo Benigno Bossuet y Teodoro de Almeida, así como los libros para los alumnos de las escuelas de primeras letras, el *Catecismo* del Padre Ripalda y el *Catón cristiano*.

En cuanto a las librerías pequeñas, me interesó encontrar datos de la situada en la calle de Escalerillas, 11, pues sabemos que don José María Berrueco, en 1804, administraba esa librería. Su trabajo consistía en comprar y vender libros. Por esta razón, el 5 de enero solicitó al Santo Tribunal de la Inquisición el pase para que se le entregara “un cajón de libros”, que tenía detenido en la Real Aduana de la ciudad de México y que introdujo a la Feria de San Juan de los Lagos en diciembre de ese año.⁵

4 Castañeda, Carmen: *Imprenta, impresores y periódicos en Guadalajara, 1793-1811*, Museo del Periodismo y las Artes Gráficas-Ed. Ágata-Ayuntamiento Constitucional de Guadalajara-CIESAS, Guadalajara, 1999, 190 págs.

5 Archivo General de la Nación (México), Inquisición, vol. 1423, fs. 118-120.

Otro mérito de esta investigación consistió en el rescate de las actividades de los gabinetes de lectura, “donde la gente, mediante el pago de una módica cantidad mensual, podía leer diferentes periódicos y libros” (pág. 496). El propósito de estos lugares era propagar la ilustración entre la clase menos pudiente de la sociedad.

Lilia Guiot de la Garza completó el mundo de la lectura en la ciudad de México con la referencia a las tiendas, imprentas, encuadernaciones y oficinas de periódicos que también vendían libros.

Las siete investigaciones hacen honor al título del libro, pues demuestran que los impresores-editores y librerías de la ciudad de México, entre 1830 y 1855, sí contribuyeron a un cambio cultural que influyó en casi todo el país. Recomiendo mucho su lectura no sólo por su contenido sino también porque está cuidadosamente editado.—CARMEN CASTAÑEDA.

Rodríguez Moya, Inmaculada: *La mirada del virrey. Iconografía del poder en la Nueva España*. Prólogo de Víctor Mínguez. Publicacions de la Universitat Jaume I, Castellón, 2003.

Al iniciar este comentario crítico valga una primera felicitación a la autora y al director de la tesis doctoral base de este libro, el profesor Víctor Mínguez, por la elección de un título tan sugerente como ajustado a los objetivos y a los logros de este trabajo. Se quiere ofrecer un análisis de la imagen del poder en el México virreinal durante los tres siglos de dominio español, y pareciera que la sola apelación a los virreyes en el título constituye una barrera limitativa del objeto a estudio, espejismo que un apropiado subtítulo viene a disipar inmediatamente al ampliar el número y la calidad de los sujetos involucrados. Una segunda enhorabuena surge de inmediato cuando leemos que este trabajo sobre arte hispanoamericano da inicio a una nueva colección sobre América, fruto del loable esfuerzo por impulsar los estudios americanistas en la Universitat Jaume I, donde gozan ya de un apreciable dinamismo.

Se parte, en primer lugar, del análisis de la figura del virrey como máximo representante de la Corona española en el virreinato novohispano, de las obligaciones del cargo y de las limitaciones que otras instancias de la administración indiana ejercían sobre su ámbito de poder. Así mismo, y desplegando un meritorio esfuerzo para superar la dificultad que entraña lo

variado y disperso de las fuentes, se estudia a continuación el origen social de los virreyes, muy variable según los tiempos y las circunstancias políticas, así como la organización y las formas de funcionamiento de las cortes que se instalan y estructuran en torno a los ocupantes del solio virreinal mexicano, nacidas en principio a imagen de sus homónimas peninsulares, pero de las que se alejan y diferencian con el paso del tiempo, como viene estudiando afanosamente Pilar Latasa para el Perú.

La segunda parte del libro está dedicada a analizar el género del retrato en la Nueva España que, en nuestra opinión, significa un avance notable, al ofrecernos una síntesis del género que, además, aparece referenciado con los avances artísticos que se venían gestando en la Península de forma no exactamente sincrónica, superando así las aportaciones puntuales que sobre este tema nos habían ofrecido algunos historiadores mexicanos en trabajos puntuales.

La autora pone un especial énfasis en analizar la retórica del retrato de aparato, al ser el retrato oficial o conmemorativo el más abundante en el virreinato novohispano. Desgrana los elementos que aparecen en la composición de este tipo de imágenes, atendiendo tanto a su significado real como simbólico. Así mismo dedica un amplio espacio a la evolución del retrato cortesano en la metrópoli, sin dudar que de aquí se nutren los sucesivos modelos del virreinato. En este esfuerzo se debe situar el análisis que se presenta al lector interesado sobre las principales obras de este género y sus más destacados artífices que, como Tiziano, Antonio Moro y Alonso Sánchez Coello, se identifican como los indudables pioneros de la implantación del modelo de representación real oficial. A continuación se pasa revista a las obras de ese género realizadas por Velázquez, Carreño de Miranda y Claudio Coello que, sin solución de continuidad, dieron paso a la nueva moda francesa. De la mano de la nueva dinastía, se produjo un cambio de imagen, debida en esta ocasión a algunos de los pintores de Felipe V, entre ellos Rigaud, Ranc y Van Loo. Para el período inmediatamente posterior, no puede obviarse la influencia de artistas de especial trascendencia en este sentido, de la talla de Mengs, Goya y Maella, entre otros.

En otro orden de cosas, se ha querido destacar también la importancia del grabado como uno de los medios de difusión más importantes para el traslado de las novedades artísticas peninsulares hacia los territorios americanos, circunstancia de indudable interés si se atiende, además, a que el retrato se sirvió muy tempranamente de esta técnica. A semejanza de lo ya

descrito para el retrato clásico, encontramos aquí un breve y sistemático repaso a las producciones impresas que tienen que ver con este género, así como a sus principales artífices.

La revista que se hace a las obras conservadas del siglo XVI nos sitúa ante la llegada de los primeros retratos a la Nueva España, que, por falta de datos, ha generado en los historiadores todo tipo de incertidumbres. En esta galería sobresalen los retratos de los monarcas españoles que se conservan en la actualidad, así como los de los conquistadores y los de los primeros eclesiásticos más destacados.

El siglo XVII resulta más generoso y abundante; generoso en cuanto a proporcionar más datos de los artífices, y generoso en cuanto al número de obras y a la diversidad de retratos que reúne el género, pues junto a los primeros retratos femeninos encontramos también las primeras galerías de retratos de miembros de congregaciones civiles y religiosas.

Pero será en el siglo XVIII, como sostiene la autora, cuando se produzca el verdadero despegue de este género en la Nueva España. A los cambios en la indumentaria que se venían produciendo, se añaden también los cambios en la composición de los lienzos. La monarquía borbónica impuso en todos los territorios hispánicos un gusto artístico más acorde con las corrientes europeas y, en concreto, con la francesa, como comprobó Yves Bottinneau en su clásico trabajo sobre el arte cortesano en la España de Felipe V. De este modo, aunque la composición ganará en riqueza de elementos, movimiento y gracia en la posición de los retratados, los cambios fundamentales se observarán en la indumentaria y en el peinado.

Este significativo cambio se corresponderá también con el aumento de la cantidad y calidad de las obras, destacando varios artífices novohispanos, que si bien no se dedicaron exclusivamente al retrato, no pudieron eludir la representación humana singular. Son de destacar, entre otros, Rodríguez Juárez, Miguel Cabrera, Francisco Martínez, Fray Miguel de Herrera, Juan Patricio Morlete Ruiz, Andrés de Islas o José María Alcívar. Pero si buena parte de ellos trabajaron para los virreyes, destacarán aun más en la realización de imágenes de la elite novohispana, firmando retratos de abogados y oidores, eclesiásticos, damas, nobles o monjas coronadas.

La etapa final del virreinato supuso la introducción del gusto neoclásico, a través fundamentalmente de la fundación de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos, creada a imagen y semejanza de la de San Fernando de Madrid, cuyos estatutos y métodos de enseñanza fueron intro-

ducidos en México. Y este flujo informativo, de indudable importancia, se vio incrementado por el traslado hasta la capital del virreinato de una nómina de profesores españoles que, en el ejercicio de su magisterio, lograron imponer las ideas artísticas predominantes en la península, en especial las de Anton Rafael Mengs.

Solo la especial coyuntura convulsa que acompañó a la emancipación mexicana será la responsable de que, tras rendir unos frutos estimables en el retrato, no pudieran cuajar debidamente las enseñanzas impartidas por Rafael Jimeno y Planes, seguidor de Mengs, a algunos de sus más brillantes alumnos mexicanos, como José María Vázquez, José de Castro, José María Guerrero, Francisco Eduardo Tresguerras o José Luis Rodríguez Alconedo.

El camino recorrido por la autora hasta este momento es el mejor aval para situar al especialista y al lector interesado ante su último empeño, cual es el análisis de la relación entre el arte y el poder en la Nueva España. A la búsqueda de este objetivo responde el estudio del llamado simbólicamente “retrato efímero” del poder, especialmente representado por aquellas manifestaciones artísticas de duración corta que ponían de relieve las virtudes y los hechos heroicos de los monarcas españoles, con ocasión de la celebración de las juras reales, de sus onomásticas o de las exequias fúnebres obligadas por el fallecimiento de algún miembro de la familia real, sin olvidarnos del despliegue artístico pasajero producido con ocasión de la solemne entrada de los virreyes a la ciudad de México, o con motivo de otras celebraciones menos afortunadas, como sus propios funerales, o más íntimas, como el nacimiento de algún vástago. Sin excepción, todas estas manifestaciones servían para poner de relieve las virtudes políticas y morales de los mandatarios a quienes se homenajeara, con el conocido fin de renovar la lealtad de los súbditos y dejar clara su dominación sobre el territorio.

Nos ha interesado sobremanera el acercamiento que Rodríguez Moya hace a la imagen de los virreyes que, siendo aparentemente un tema de lucimiento, carecía de un estudio científico como el que aquí se nos presenta, fundamentalmente por la dificultad que entrañaba su dominio. La complejidad a la que aludimos ha sido superada por la autora al combinar el rigor analítico con la utilización de un importantísimo número de obras, lo que, siendo deseable siempre, casi nunca es posible.

El cúmulo de información presente en la última parte de este estudio abarca, en primer lugar, una serie de obras de carácter oficial, como retra-

tos de los gobernantes en el ejercicio de sus funciones, retratos conmemorativos con ocasión del patrocinio de instituciones como la Academia de San Carlos o la Congregación del Cristo de Burgos, o los más raros, y por ello muy escasos, retratos ecuestres existentes. Igualmente difíciles de encontrar son los retratos de carácter alegórico, en los que una serie de elementos simbólicos aluden a las virtudes del virrey, resultando en esta ocasión paradigmáticos los dos analizados por la autora, correspondientes a los virreyes conde de Revillagigedo (1789-1794) y Miguel José de Azanza (1798-1800). Igualmente interesantes resultan los retratos conocidos como de devoción, así como el único ejemplo de retrato familiar encontrado, correspondiente en este caso al virrey José Joaquín de Iturrigaray y Aróstegui (1803-1808).

Otra valiosa aportación es, sin duda, la correspondiente al análisis de las dos series de retratos de virreyes existentes en la ciudad de México, la del antiguo Palacio Virreinal, ofrecida como catálogo en esta misma obra, y que hoy se conserva en el Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec, con sesenta y un retratos, y la del antiguo Ayuntamiento de México, custodiada actualmente en el Departamento del Distrito Federal. Con ambas se ha aplicado una técnica comparativa muy eficaz, que nos las sitúa en parangón con la tendencia general que se observa en Europa, y en concreto en España a partir del siglo XVI, de creación de galerías de retratos, sin que escape a la perspicacia de la investigadora la utilidad de situarlas en paralelo con otras galerías virreinales correspondientes a los antiguos territorios americanos de la corona española, como son las existentes en Lima, Bogotá y Buenos Aires.

Por último, ha sido voluntad de la doctora Rodríguez Moya el dotar a su libro de instrumentos consultivos tan útiles como un índice biográfico de los virreyes, donde de manera sucinta se ofrecen los datos fundamentales de quienes fueron los sesenta y un máximos rectores del virreinato durante los trescientos años de presencia española en México.

Solo nos quedaría celebrar la aparición de este libro en función de dos de sus credenciales más valiosas. La primera es la de servirnos una síntesis del retrato novohispano hasta ahora inexistente; y la segunda, la de ofrecer nos un análisis exhaustivo de las dos series de retratos de virreyes novohispanos aún conservadas, a las que no se había prestado toda la atención que merecían, sin que en ningún momento, y a pesar de la complejidad de tamaño empeño, se baje la guardia en lo que al rigor científico se refiere.—
ALFREDO MORENO CEBRIÁN.

Luque Talaván, Miguel: *Un universo de opiniones. La literatura jurídica indiana*. Instituto de Historia, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2003, 797 págs.

Desde hace muchos años venía siendo habitual la referencia a la necesidad de conocer en profundidad la literatura jurídica indiana, cuestión ésta puesta reiteradamente de manifiesto por reconocidos historiadores del derecho, desde Altamira a García-Gallo o Sánchez Bella, por citar sólo algunos ejemplos, tal y como reconoce Del Vas Mingo, prologuista de esta obra y antes directora de la tesis doctoral de Miguel Luque Talaván, la cual ve ahora la luz en forma de una espléndida monografía.

Este libro consta de una introducción, en la que se efectúa un estado de la cuestión en la línea ya expresada, y de dos partes perfectamente diferenciadas, aunque todo ello dentro de un esquema lógico y estructurado. La primera se dedica, en cuatro amplios capítulos, al estudio de los siguientes aspectos: la literatura jurídica como fuente del derecho, la recepción del derecho común en Indias, la cultura y circulación de los libros jurídicos en Indias y las características de la literatura jurídica indiana. Temática toda ella que deja ver un contenido muy amplio, que el autor vertebra en epígrafes y subepígrafes, los cuales ayudan al lector a comprender mucho mejor tamaña materia. De todo ello se infiere que el trabajo de Luque Talaván entraña un extraordinario interés, no sólo para los estudiosos de dicha temática, sino también para todos los americanistas del momento, pues lo referente al derecho se inserta inevitablemente en la actividad del Nuevo Continente —política, sociedad, economía, cultura, urbanismo...—. Sus páginas reflejan cómo la ley, junto con el idioma, fueron definitorias en el futuro indiano. Y precisamente quién esto escribe no es una historiadora del derecho, sino una historiadora de la América virreinal.

Obviamente, por cuestiones de oportunidad y espacio, no podemos abordar el análisis pormenorizado de una obra con semejantes características, pero sí podemos adelantar que la idea clave de esta primera parte radica en que la legislación indiana no resultaba algo nuevo o improvisado; muy al contrario, Luque Talaván se remonta a la España medieval, e incluso al derecho romano, para buscar la raíz de la ley y de su colateral literatura jurídica, desarrolladas en o para las Indias. Porque el Nuevo Mundo habría puesto a los españoles frente a realidades hasta entonces inimaginables, viéndose obligados a utilizar la ley española, o a adaptarla a las nuevas circunstancias, o incluso, de ser necesario, a implantar una legislación

nueva, para determinadas cuestiones, como por ejemplo la situación del indígena. En los dos últimos casos, se daría lugar a un derecho peculiar, denominado *criollo* por el autor, el cual no sólo se practicaría en la América moderna, sino también en el XIX, primer siglo de la recién lograda Independencia.

De ahí el destacado papel que en la obra se da, por ejemplo, a las *Siete Partidas* alfonsíes, llevadas por la Corona a las nuevas tierras y que pasaron a ser el principal corpus de derecho privado, conjuntamente con la literatura jurídica de ellas derivada —*Glosa de Gregorio López*—, imbuida del *mos italicus*. Pero, además, es que toda ella incidiría en la ya citada Independencia, pues al caer prisionero de Napoleón Fernando VII, *las juntas de gobierno* allende el Atlántico se basarían en la *Partida 2.^a* En relación con lo expuesto, se encontraría también la muy significativa *ley de citas*, por la cual, los monarcas españoles establecieron un cierto orden — fórmula sacada igualmente del derecho romano—, ante el exceso de opiniones jurídicas, derivado de la costumbre que se tenía por entonces de recurrir a la opinión de los grandes jurisconsultos —indianos o no—, en aquel momento en que cualquier autoridad necesitara reforzar o rebatir algún posicionamiento o argumentación. Aunque, como muy acertadamente recoge el autor, la doctrina y la costumbre continuaron en su faceta de *creación jurídica*. Precisamente la filosofía de que *la costumbre hace ley* —tan utilizada en el derecho anglosajón actual—, había sufrido un paulatino declive en Europa y España desde el siglo XII, pero no iba a ocurrir lo mismo en Indias, donde resurgiría con una notable importancia, fundamentalmente en los primeros tiempos, dada la lejanía de la metrópoli y las especiales circunstancias del momento; no obstante, dicha costumbre adoptaría a veces lineamientos muy peculiares, sobre todo en lo relacionado con la costumbre indígena, la cual sería respetada siempre que no fuera contraria a la religión católica o la normativa jurídica en vigor. Como complemento a todo lo expuesto, esta Primera Parte contiene otras informaciones harto significativas, como el comercio de libros jurídicos o la literatura jurídica propiamente indiana —cuestiones sobre las que muy poco se conocía hasta ahora—, por citar sólo algunos ejemplos.

Todo lo hasta aquí expuesto conforma una especie de gran marco, que sirve para arropar la Segunda Parte de la obra, cuyo eje fundamental estriba en un amplísimo y exhaustivo catálogo de literatura jurídica, en el que las obras aparecen ordenadas alfabéticamente por autores, incluyéndose tanto las manuscritas como las bibliográficas, estas últimas con indicación

de género, materia, tema y observaciones. La paciencia, laboriosidad y minuciosidad del autor en estas cuestiones vendrían dadas por el hecho de que el mencionado catálogo contiene un total de 1.250 registros, ocupando los relativos a las obras manuscritas 79 páginas, frente a los bibliográficos, que llegan a las 74. Circunstancias todas ellas que reflejan la presencia y trabajo de Luque Talaván en numerosos centros de investigación, tanto de carácter general como particular, nacionales —Alcalá de Henares, Sevilla, Madrid—, europeos —Gran Bretaña e Irlanda—, e incluso hispanoamericanos —México y Perú, principalmente—.

Asimismo, en dicha Segunda Parte se recogen todas las referencias señaladas en las numerosas notas que se incluyen en toda la obra y que conforman un sustancioso aparato crítico, muy completo, riguroso e idóneo.

En cuanto a las conclusiones, de su lectura se desprende la comprobación de que, en Indias, la legislación y las instituciones corrían parejas con la literatura jurídica, razón por la cual ésta no sería ajena a la evolución del mundo indiano, convirtiéndose incluso en un fiel reflejo del mismo. Y en este sentido, se utilizaría como puente para el paso de la normativa general a la particular e incluso serviría en la formación de los propios juristas indios, sin olvidar su influencia e inspiración para la redacción de los diferentes códigos dictados por las nuevas nacionalidades del XIX.

El esfuerzo de elaboración, por tanto, ha sido muy grande, pero el autor puede sentirse satisfecho y también los interesados en el tema, pues desde ahora se cuenta con una obra de conjunto, que ayuda a conocer mucho mejor la práctica jurídica en Indias, aspecto prácticamente desconocido hasta el momento. Toda ella redactada, además, de forma clara y concisa, lo cual es muy de agradecer en estudios de este tipo. En cuanto al susodicho catálogo, se ha convertido, por razones propias, en una herramienta primordial para los estudiosos de la materia, aunque —como muy bien reconoce en el prólogo la doctora Del Vas Mingo— hay una gran dosis de generosidad en este tipo de trabajos, “pues las más de las veces se silenciará la procedencia del dato que sobre él se ha obtenido” (pág. 13).

No obstante, me atrevería a sugerirle a Miguel Luque Talaván que no considere esta temática, por lo que a su persona se refiere, lo suficientemente tratada con este trabajo; muy al contrario, debe continuar perseverando en la misma, para que de su mano surjan nuevas aportaciones, que nos ayuden en la ampliación no sólo del desarrollo jurídico indiano, sino también del amplio universo al que sustentaba.—M.^a DEL CARMEN BORREGO PLÁ.

García Jordán, Pilar: *Cruz y arado, fusiles y discursos. La construcción de los orientes en el Perú y Bolivia, 1820-1940*, Instituto Francés de Estudios Andinos/Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 2001, 476 págs.

En un libro anterior, *Iglesia y poder en el Perú contemporáneo, 1821-1919*, Pilar García Jordán examinó el tambaleante pero continuo proceso de secularización mediante el cual el estado republicano expandió sus poderes sobre territorios y aspectos (la educación y la ayuda social, por ejemplo) anteriormente dominados por la Iglesia. En ese importante libro, la autora destacó una excepción al proceso —la vasta región de la Amazonía o selva donde las misiones católicas mantuvieron su preponderancia como institución hasta bien entrado el siglo XX. Este nuevo libro explora esta paradoja, analizando los esfuerzos y fracasos de los estados peruano y boliviano en incorporar o “nacionalizar” la selva (la Amazonía y el Chaco) y la continua pero cambiante presencia de las misiones católicas. Tal como ocurriera con su anterior libro, *Cruz y arado, fusiles y discursos* marca un hito en la historia moderna andina, contribuyendo a una serie de debates sobre la formación del estado nacional y la creación de ciudadanos, demostrando al mismo tiempo que los historiadores y otros investigadores no pueden dejar de lado esta región en sus análisis.

La autora no sólo demuestra los beneficios de tomar en cuenta la selva como laboratorio de diferentes fórmulas de “desarrollo”, además prueba la verdadera centralidad que la región tuvo para Bolivia y el Perú, lo que resulta una virtual humillación para generaciones de historiadores que no han incorporado la Amazonía en sus estudios. En primer lugar, García Jordán destaca la importancia que la región ha tenido para los diferentes gobiernos republicanos. Gobierno tras gobierno se trazaron proyectos de incorporación y explotación económica con resultados variados, aunque generalmente negativos tanto para los propósitos del Estado como para la población de la Amazonía. García Jordán demuestra que los gobiernos y sus ideólogos sí tomaron muy en serio la región, aunque en algunos casos sólo haya sido al nivel de planes y proyectos fallidos. En segundo lugar, las citas y bibliografía utilizadas indican la abundancia de fuentes, refutando tajantemente la excusa de que no se puede estudiar la selva debido a la carencia de material en los archivos y bibliotecas.

Los diferentes proyectos para incorporar “los orientes” no sólo surgen de los estados peruano y boliviano y las órdenes religiosas. Indudable-

mente, han sido actores principales en este drama (o tal vez épica), pero también han jugado un papel importante las elites regionales, los militares, extranjeros, protestantes y, por supuesto, los mismos indígenas selváticos y la población de migrantes a la zona. Las marcadas diferencias culturales y de intereses entre estos grupos ayudan a explicar los continuos fracasos de los distintos proyectos. Estos no se pueden reducir a la debilidad de los gobiernos centrales (y su reticencia, a pesar de su discurso, a gastar dinero en expandir el Estado en territorios lejanos) o a la resistencia indígena, sino que es necesario que todos estos grupos formen parte del análisis. De todas maneras, encontramos algunos patrones a través del tiempo. Además de iluminar cambios ideológicos que justificaron ciertos planes (el positivismo, por ejemplo), distintos períodos de auge económico (el caucho), o nuevos actores que incidieron sobre la región (el Instituto Lingüístico de Verano), la autora destaca la constante visión en Lima y Sucre/La Paz de la necesidad de “nacionalizar” (el idioma es fundamental) a los selváticos. Como García Jordán nos enseña, en la práctica, expandir el Estado en zonas lejanas (lo que muchas veces provocaba enfrentamientos entre los explotadores de los recursos naturales y las poblaciones nativas) no resultaba fácil para un Estado generalmente débil, frecuentemente cerca de la quiebra y con ideas sobre la ciudadanía no muy coherentes. Entonces, el mismo Estado recurría a las órdenes religiosas —cuidadosamente estudiadas aquí, con un acertado énfasis en sus diferencias— para que asumieran el papel de “civilizador” en el Oriente.

Una de las principales conclusiones de García Jordán es que no se puede limitar el análisis de las dificultades en incorporar a la selva a un solo factor: la debilidad del Estado, su relativa pobreza o su incoherencia ideológica frente al espacio y cuestiones raciales. Tampoco se pueden entender las órdenes religiosas como instituciones estáticas a través del tiempo. La autora, más bien, vincula estos factores y los diferentes grupos mencionados arriba, en una demostración de historia social bien hecha.

Una de las grandes virtudes del libro es que es enciclopédico. Los casos peruano y boliviano son tratados aparte debido a sus marcadas diferencias, aunque importantes comparaciones vinculan los diferentes capítulos. Cada época recibe un tratamiento detallado, fruto de la gran labor de investigación que la autora ha realizado en archivos y bibliotecas. Incluso, el marco cronológico es más amplio de lo que el subtítulo indica. El libro comienza con un minucioso resumen de las políticas estatales en el Oriente durante el siglo XVIII. Esta exhaustividad puede por momentos ser un reto

para el lector. En un par de capítulos me sentí algo perdido en el bosque (¿selvático?) de detalles; felizmente, un necesario resumen y una visión comparativa siempre estaban a la vuelta. Esta es la única crítica que tengo del libro: que es tan detallado y completo que el lector se puede perder momentáneamente. Sin embargo, la autora viene al rescate.

Es un indicio más de que estamos frente a un libro fundamental, que debería tener una importante presencia en la historiografía peruana y boliviana. Su visión amplia de los distintos procesos y propósitos que marcaron la “construcción de los orientes” asegura que los especialistas interesados en la Iglesia, en la formación del Estado nacional, en la etno-historia amazónica y en la economía del caucho y otros productos primarios, entre otros temas, se beneficiarán con este estudio. Los historiadores y otros interesados en la selva tienen mucho que aprender de él.—CHARLES F. WALKER.

Mendoza, Zoila S.: *Al son de la danza: identidad y comparsas en el Cuzco*. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2002.

Al son de la danza: identidad y comparsas en el Cuzco es la versión en español del original en inglés *Shaping Society Through Dance: Mestizo Ritual Performances in the Peruvian Andes*, publicado por The University of Chicago Press en el año 2000. Esta publicación introduce temas y teorías trabajados por la antropología norteamericana al debate sobre cultura e identidad en la academia hispano-americana, renovando los estudios sobre folklore y formas de cultura expresiva como son las fiestas religiosas, las danzas rituales y la música. El texto en español, que comprende 381 páginas y 32 fotografías a color y en blanco y negro, está acompañado, al igual que la edición en inglés, de un disco compacto con 14 ejemplos musicales y de un video con 14 escenas ilustrativas de la fiesta y de las danzas. Tanto los ejemplos de audio como de video corresponden a grabaciones *in situ*, realizadas por la propia autora durante su trabajo de campo en el distrito de San Jerónimo, en el Cuzco.

Gracias a un trabajo etnográfico exhaustivo y detallado, Zoila Mendoza logra explicar la manera en la que la puesta en escena de las danzas rituales presentadas en contextos festivos interviene de manera decisiva

en la constitución, reproducción y transformación de identidades étnicas, de clase, de género y de generación en la localidad de San Jerónimo, así como en la región cuzqueña en general. Estas identidades adicionalmente son trabajadas por la autora como condiciones existenciales y encarnadas. De allí que no solo le interesará explorar la producción de identidades, sino también el modo cómo éstas son experimentadas individual y colectivamente.

En este sentido, la relevancia del libro no se reduce a la descripción de un caso etnográfico particular, sino que toca un problema teórico fundamental, que se refiere a la eficacia simbólica y ritual de las manifestaciones estéticas y expresivas para dar forma y sentido a la vida social misma. En otras palabras, aborda la pregunta en torno al papel de la cultura en los procesos históricos.

Se trata, pues, de un libro de lectura obligada para cualquier estudiante o investigador que quiera entender la sociedad y los procesos sociales de la región cuzqueña contemporánea. Además resulta fundamental para acercarse a una comprensión diferente de la cultura —en general— y de la danza y la música —en particular—, que trascienda la idea de lo simbólico o expresivo como simple manifestación de hechos sociales e históricos pre-existentes.

El texto está dividido en siete capítulos. Los tres primeros introducen al lector a los conceptos teóricos y las líneas temáticas que subyacen al estudio, así como al contexto histórico y etnográfico en el que se presentan las danzas y la fiesta objeto de análisis. Los capítulos cuatro, cinco y seis están dedicados cada uno al análisis en profundidad, por separado, de una comparsa de danzantes distinta. De ese modo, en cada capítulo se puede discutir con detalle etnográfico algún aspecto de los distintos mecanismos rituales y escénicos, así como las diversas y a veces paradójicas poéticas y políticas involucradas en la construcción de la identidad. Finalmente, en el capítulo séptimo y de manera conclusiva la autora retoma la reflexión teórica acerca de la relación entre cultura y sociedad.

En cuanto al enfoque teórico que la autora asume, resaltan la discusión en torno al tema de la identidad étnica, así como al de la danza como una forma de práctica cultural, corporal y estética. Más allá de familiarizar al lector con una compleja terminología étnica, que distingue entre indios, cholos y mestizos, la autora dilucida en torno a la complejidad de estas categorías, señalando cómo en el caso peruano en cada una de éstas se entrecruzan criterios culturales, de raza, de clase y de género. Razón por la

cual decide utilizar el concepto compuesto de “étnico/racial” para entender el proceso de definición y de marcación de identidad.

En esa misma línea de análisis, a lo largo del estudio mostrará cómo los sujetos sociales encuentran formas creativas, aunque conflictivas, de desplazarse entre estas categorías de acuerdo a contextos específicos y de forma relacional, re-definiendo sus identidades e incluso configurando “otras, usadas para definir distinciones e identidades locales, que por lo general atraviesan las versiones regionales y nacionales” (pág. 30). En este proceso emergen conceptos centrales tales como “decente”, “elegante” y “genuino”, que son usados por lo propios danzantes para definirse así mismos y a otros, y que a la vez atraviesan las categorías étnico/raciales. Es en la asignación de significados a estas categorías, así como en la transformación de éstas, que los distintos agentes involucrados aceptan y otras veces contestan taxonomías regionales y nacionales impuestas sobre ellos desde fuera, y también desde adentro, por los sectores hegemónicos al interior del mismo grupo.

La discusión de este complejo proceso, en el que emergen y se transforman propuestas identitarias, está organizado en el libro en torno al estudio etnográfico detallado de tres comparsas de danzantes, cada una de las cuales, abordadas en un capítulo independiente, interviene en lo que históricamente se ha ido constituyendo como la identidad mestiza del pueblo de San Jerónimo. La lectura de cada uno de estos capítulos nos acerca, con detalle etnográfico, a un grupo social distinto para conocer su historia y participación en este proceso. Lo que resalta la autora es que, si bien cada una de las tres comparsas participa en un proyecto identitario común, la identidad mestiza del pueblo, ésta es siempre vivida y enunciada desde el lugar que se ocupa en el contexto social mayor, así como construida con una agenda también particular.

La lectura del conjunto de los tres capítulos nos ofrece un panorama más amplio que ilustra de manera clara la complejidad, contradicciones y luchas que los distintos actores sociales resuelven, o no resuelven, en su participación cotidiana para crearse a sí mismos y al conjunto de su sociedad. De este modo el trabajo de Zoila Mendoza constituye un esfuerzo sistemático por superar interpretaciones simplistas acerca de la identidad, enfatizando la heterogeneidad y conflicto de intereses al interior de las comunidades que las construyen, y que se desprende de diferencias de clase, género y generación, que atraviesan la categoría más general de mestizo.

En el capítulo 4, “La comparsa de los *majeños*: poder, prestigio y masculinidad entre los mestizos”, la autora ilustra un extremo del espectro identitario de la sociedad de San Jerónimo. Se trata de un grupo que ha logrado instituirse como elite local a través de la apropiación, escenificación y redefinición de categorías como “decencia”, “elegancia” y “madurez”, personificadas en las distintas versiones de la figura del hacendado y del comerciante, representados en esta danza, que han ido emergiendo a lo largo del tiempo. La poética involucrada en este proceso muestra como una retórica particular sobre la masculinidad, construida a partir de criterios raciales, culturales y de clase, interviene tanto en la construcción de una identidad mestiza como en la legitimación de una posición de poder.

La riqueza del estudio reside en el hecho de que la autora se preocupa por ampliar la aproximación etnográfica con una visión histórica. De modo que resulta posible discutir cómo emergen históricamente estas categorías y cómo se legitiman y transforman en el contexto de debates y conflictos locales, regionales y nacionales. De tal modo que la autora puede tratar dos asuntos de interés: el de la apropiación cultural y el del debate sobre la autenticidad. Es precisamente en el proceso de (i) apropiación de la danza del *majeño*, originaria de otro pueblo cuzqueño, Paucartambo, (ii) su posterior recreación en el pueblo de San Jerónimo, y (iii) el debate en torno a su autenticidad, es decir quién baila, dónde se baila y cómo se baila, donde la identidad mestiza local es producida y experimentada en la práctica cotidiana.

En el capítulo 5, “Genuinos pero marginales: pertenencia cultural, subordinación social y lo carnavalesco en la actuación de los *qollas*”, apelando nuevamente a un análisis que contextualiza la danza de los *qollas* en un marco regional cuzqueño más amplio, la autora nos ilustra sobre cómo la identidad mestiza del pueblo de San Jerónimo es configurada desde la perspectiva de los sectores marginales. En ese sentido, la lectura que hace de esta comparsa requiere situarla en contrapunto con la comparsa de los *qollas* y de los *majeños*, ya que ambas constituyen “los extremos que estructuran la exploración y redefinición que los jeronimianos hacen de la identidad” (pág. 349).

Lo interesante del análisis es que la autora hace notar que el participar en la definición y legitimación de una propuesta identitaria hegemónica de lo mestizo, desde lo marginal, termina en una agenda ambivalente. Por un lado, contribuye a la consolidación de jerarquías y la aceptación de

una posición de subordinación, y al mismo tiempo abre espacio para reflexionar acerca de una de las paradojas centrales del regionalismo cuzqueño y del nacionalismo peruano, según los cuales el indio como fuente de autenticidad es, sin embargo, visto como atrasado e inferior en “términos de la modernidad global”. De tal modo que, como afirma la autora:

...en algunos pasajes de su actuación y al enfatizar la personalidad subversiva, ingeniosa y graciosa del *qolla*, los jeronimianos subvierten los estereotipos acerca de la identidad “indígena” fomentada por las elites regionales y nacionales.

Finalmente en el capítulo 6, “Cuestionando identidades mediante las danzas del altiplano. Género y conflictos generacionales en la región del Cuzco”, la autora presenta el caso de jóvenes generaciones de hombres y de mujeres que han introducido nuevas danzas en el repertorio local y que tienen una doble connotación contestataria, ya que se trata de danzas que son tomadas del repertorio coreográfico propio del vecino departamento de Puno y además son bailadas por parejas de ambos sexos.

A través de la presentación pública de sus danzas estos jóvenes debaten públicamente las definiciones de la identidad regional cuzqueña. No se trata, pues, de que estas danzas simplemente estén reflejando cambios acerca de la posición de la mujer en la sociedad cuzqueña, sino que a través de su puesta en escena se están generando dichos cambios, precisamente al darle a estos jóvenes, hombres y mujeres, el espacio y el medio para explorar posibles identidades y nuevas formas de relacionarse. Al elegir danzas de fuera de la región se está adicionalmente —de manera más radical que los *qollas*— cuestionando una concepción tradicionalista y localista de la identidad regional cuzqueña, que define lo mestizo como masculino y no-indígena, en favor de formas emergentes de identidades mestizas urbanas y cosmopolitas.

Así, la autora puede afirmar de manera conclusiva, en el capítulo que cierra el libro, que:

En los Andes, la danza ha devenido en algo poderoso gracias al lugar especial que ocupa en la encrucijada del folklore y el ritual, los medios de comunicación masiva y las preferencias estéticas locales, la tradición y la modernidad, y las identidades regional y nacional. Los miembros de las comparsas del Cuzco han convertido a sus danzas y a las actividades de sus asociaciones en una acción poderosa que desafía toda caracterización fácil, ampliando y cuestionando las fronteras de ésta y otras polaridades históricamente definidas. Es a través de este acto que siguen configurando a su sociedad (pág. 349).

En otro plano de la discusión teórica, hay que destacar el tratamiento que Mendoza hace de la danza como una práctica y estética del cuerpo. Todo el proceso de exploración, producción y transformación de identidades se realiza a través de su puesta en escena como acción coreográfica, convirtiendo así al cuerpo en el lugar y el medio para exhibir, experimentar y materializar las identidades. De este modo, la autora logra trascender los estudios que se han aproximado al tema de la danza y la identidad, en términos de carácter discursivo y clasificatorio. Por el contrario, en *Al son de la danza* lo que se explora es el carácter histórico, estético y material de la identidad.

La condición de objeto material de todo libro nos crea la ilusión de que se trata de una cosa acabada, y olvidamos que un libro existió primero como proyecto y que luego circula y es apropiado por distintas comunidades de lectores, es decir, que tiene su propia vida social. En mi opinión, una parte importante del valor del libro de Zoila Mendoza consiste justamente en las transformaciones y recorridos por los que la propia autora lo ha hecho transitar.

Este libro nace como un proyecto de investigación cuando la autora vuelve al Perú, en 1988, para realizar la investigación de campo para su tesis doctoral en la Universidad de Chicago. Tenía pensado volver al distrito de San Jerónimo en el Valle del Mantaro, donde había realizado trabajo de campo anteriormente y sobre el cual había escrito su tesis de Licenciatura en Antropología por la Universidad Católica, y publicado ya algunos artículos. Pero las condiciones políticas de ese entonces la obligaron a trasladarse al Cuzco y hacer su investigación en el “otro San Jerónimo”. A pesar de que este último pertenecía a otro espacio regional y cultural, le permitía continuar su interés por entender cómo es que la identidad mestiza se ha venido configurando en contextos regionales y como parte de la identidad peruana en general.

La autora permanece en el Cuzco durante dos años, lo cual le permite sustentar su análisis de las comparsas de danzantes en un trabajo de campo profundo y exhaustivo, dentro de la mejor tradición etnográfica. Quiero resaltar el rol del trabajo etnográfico en este libro por dos razones. Primero, porque el tema de la cultura e incluso la afirmación acerca de su poder constitutivo están de moda, no sólo entre los académicos, sino también entre promotores culturales y turísticos, publicistas y políticos. Esto ha llevado a que la palabra cultura esté ahora en todas partes y que lo cultural se dé por sentado, sin realmente comprender cómo funciona, cómo se consti-

tuye y transforma históricamente, como interactúa con el mundo social y los sujetos, qué tipo de relaciones de poder establece y qué valores sociales legitima y reproduce. Es precisamente el trabajo de campo lo que permite a Zoila Mendoza problematizar todos estos aspectos y entender los procesos culturales más generales a partir de la práctica cultural misma y de la agenda de los propios actores sociales.

En segundo lugar, quiero resaltar que la autora considera que el trabajo etnográfico implica un diálogo e interacción permanente con el mundo cultural objeto de este estudio. Naturalmente este diálogo va más allá de las relaciones de amistad y compadrazgo, así como de lo que conocemos como observación participante. El tipo de diálogo etnográfico que ella realiza tiene que ver más bien con el reconocimiento de la interacción de los discursos académicos y de la práctica cultural misma.

En ese sentido, en el libro no sólo se analizan los discursos de intelectuales y artistas cuzqueños y su impacto en el desarrollo de las manifestaciones coreográficas y musicales locales, sino que toma en cuenta que su propia investigación se hace parte de los eventos y es apropiada por los actores sociales objeto de estudio. El libro finalmente no sólo responde a la agenda académica y profesional de la autora, sino también a la de los actores sociales. Es por esta razón por la que la autora no se satisface con publicar su tesis doctoral en inglés, sino que decide traducir y publicar el texto en español. *Al son de la danza* ha sido presentado en Cuzco en el año 2002 y ha sido acogido con entusiasmo por los intelectuales y los mismos danzantes de San Jerónimo y el Cuzco.

El itinerario que la autora está trazando para el libro refleja una compleja dinámica entre el trabajo de campo y el trabajo de redacción, la etnografía y la teoría, la academia norteamericana y la peruana, los debates teóricos de la antropología y la práctica cultural cuzqueña, es decir, entre la teoría y la práctica. En ese sentido, es revelador que no solamente nos ofrezca un texto interpretativo e informado teóricamente, sino que nos acerque a los datos etnográficos mismos a través del material visual y sonoro que acompaña la edición.

En definitiva, considero que *Al son de la danza* es un texto importante tanto por su riqueza etnográfica y propuesta teórica como por el hecho de tratarse de un texto en movimiento. Y Zoila Mendoza, ciertamente, es responsable por el éxito del libro en ambos sentidos.—GISELA CÁNEPA.

Olveda, Jaime: *En busca de la fortuna. Los vascos en la región de Guadalajara*, El Colegio de Jalisco-Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, Zapopán, 2003, 255 págs.

El interés por la presencia vasca en México lleva ocupando desde la década de los ochenta un espacio sorprendentemente significativo en el panorama historiográfico mexicano. Como resultado de ese interés cabe resaltar la voluminosa obra que coordinó Amaya Garritz sobre los vascos en las regiones de México, durante los siglos XVI-XX; precedida por trabajos como los de Josefina Muriel sobre el Colegio de las Vizcaínas o los tres volúmenes del IV Seminario de Historia de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País [RSBAP], dedicado íntegramente a sus relaciones e influencias en México. También la profesora Cristina Torales publicó recientemente un completo estudio sobre la Ilustración y los Amigos del País en la Nueva España, y habría que citar igualmente las obras de Rafael Arocena, Justo Arriola, José Ignacio Tellechea, Ángel Salazar y Koldo San Sebastián, que han sentado excelentes precedentes sobre estas cuestiones. En esta ocasión le toca el turno a Jaime Olveda Legaspi, investigador de El Colegio de Jalisco, que desde hace varios años estudia, entre otros temas, la presencia vasca en el estado de Jalisco; Olveda Legaspi es autor, además, de varios libros, entre los que destacamos: *La política de Jalisco durante la primera época federal* (Guadalajara, 1976); *Gordiano Guzmán: un cacique del siglo XIX* (México, 1980); *El sistema fiscal de Jalisco (1821-1888)*, (Guadalajara, 1983) y *La oligarquía de Guadalajara. De las reformas borbónicas a la reforma liberal* (México, 1991).

El presente trabajo se estructura en tres partes, en las que el autor reconstruye la presencia vasca en la región occidental de México desde la conquista hasta finales del siglo XIX. Los fondos documentales utilizados se han obtenido principalmente en los archivos de la Audiencia, del Arzobispado, del Sagrario Metropolitano y del Municipal de Guadalajara; asimismo ha consultado el Archivo General de la Nación, el Archivo de la Defensa y la Hemeroteca Nacional de México. La metodología aplicada tiene como objetivo establecer el funcionamiento de las redes familiares y comerciales que fueron tejiendo su presencia en las instituciones gubernamentales y eclesiásticas y que, más adelante, participaron en conflictos como la Independencia. Del mismo modo, sigue el rastro de los comerciantes, mineros y eclesiásticos vascos y examina detalladamente la

formación, en el siglo XVIII, del mayorazgo de los Echauri —familia de la que ya había resaltado su importancia en un artículo publicado en el volumen editado por Garritz—; el caso paradigmático de los Echauri servirá, junto al seguimiento que hace de la familia Basauri, o de fortunas como las de Juan Manuel Caballero y Francisco Martínez Negrete, para la comprensión de la mecánica de funcionamiento de esta elite vasca. El autor no olvida las tradiciones importadas por esta comunidad, como la constitución de la cofradía de la Virgen de Aránzazu, a la que dedicó una monografía en 1999, o la importancia en todos los ámbitos ilustrados de la Sociedad Bascongada de los Amigos del País.

La hipótesis de la que parte Jaime Olveda es la de desestimar la influencia andaluza en el septentrión novohispano, afirmación que habían defendido previamente varios historiadores y que, a luz de las nuevas investigaciones, resulta errónea. Parece ser que el grupo andaluz careció de importancia comercial; ahora bien, no formar parte de la elite, del poder económico y político, no supone que su presencia no fuera significativa; los subalternos no dejan rastros documentales tan suculentos como los de los grupos económicos privilegiados. Tampoco debemos olvidar que el comportamiento endogámico del colectivo vasco, en ocasiones rozando el hermetismo, facilita considerablemente la investigación histórica; una conducta similar se puede observar en otros territorios americanos durante la colonia y la república. Es decir, que los andaluces no formasen parte de la burguesía local no supone que no tuvieran una presencia real, e incluso extensa, en la sociedad tapatía. Entre las conclusiones que adelanta el autor está la de que el grupo vasco constituye una elite de larga duración, sostenida durante al menos dos generaciones, con los cántabros como sus más directos competidores, seguidos de los riojanos y los asturianos.

En el capítulo primero, «Arribo y dispersión de los vascos», se subraya la tesis de que los vascos —vizcaínos, guipuzcoanos, alaveses y navarros— sobresalieron por encima de los demás grupos por la defensa de los privilegios adquiridos en la metrópoli, por su espíritu empresarial, laboriosidad, religiosidad y solidaridad, características que van a permanecer intactas hasta la actualidad y que facilitan su cohesión interna y autónoma. A pesar de ser una minoría, el grupo llegó a desempeñar un gran protagonismo en el espacio occidental mexicano. Ya fueron varios los vascos que siguieron a Nuño Beltrán de Guzmán en la conquista de los teules a fines de 1529; individuos como Miguel de Ibarra, Pedro

Garnica, Juan de Oñate o Juan de Zubia acompañaron al conquistador y promovieron la fundación de varias ciudades en el Nuevo Reino de Nueva Galicia, como San Miguel de Culiacán o la misma Guadalajara. En este período también encontramos a vascos como dueños de minas en Pánuco y como propietarios de haciendas; por ejemplo, Cristóbal de Oñate fue encomendero de Mascota y gobernador del Nuevo Reino de Galicia, entre sus tareas estuvo la de afianzar los territorios recién conquistados, azotados continuamente por rebeliones indígenas, como la de Mixtón, a principios de la década de los cuarenta, sublevación en la que moriría Pedro de Alvarado. Oñate, al que sustituyó Vázquez Coronado, sería el fundador de los enclaves mineros de Zacatecas y de Sombrerete, entre otros. Los hijos de Cristóbal de Oñate continuaron la tradición familiar: Juan fue el descubridor de Nuevo México y otro de sus hijos, Fernando de Oñate, sería el alcalde mayor de Puebla. Las alianzas matrimoniales y sus intereses económicos llevaron a la familia a dispersarse por Zacatecas, Nuevo México, Michoacán, San Luis Potosí y la capital del virreinato. Las minas de Zacatecas serán el gran atractivo crematístico para el grupo vasco que, como recuerda Olveda, «además de descubrir e iniciar la explotación de las zonas mineras, gestionaron los privilegios que obtuvieron las fundaciones y fueron los defensores más aguerridos de la integridad territorial del reino». En este apartado se analiza asimismo el gobierno de Gerónimo de Orozco y al obispo Domingo de Alzola.

El capítulo segundo —«Poder e influencia de los vascos»— arranca rastreando las andanzas de mineros y comerciantes en el sur de Sinaloa, emprendedores que aprovecharon la bonanza de la zona tras la visita pacificadora de José de Gálvez. A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, varios mineros vascos, debido a su necesidad de insumos, establecieron relaciones con comerciantes también originarios del País Vasco, que serían los creadores de una red social con estrechas vinculaciones en las actividades agrícolas y ganaderas. Jaime Olveda consagra varias páginas a estudiar una de las formas de asociación típicamente vasca que es la *cofradía*, como la de Nuestra Señora de Aránzazu; fundada en México en 1861, sus objetivos, además del culto a la Virgen, implicaban el apoyo mutuo y el agrupamiento y ubicación de todos los naturales de esa región metropolitana dispersos por los extensos territorios mexicanos. No comparto la opinión del autor cuando afirma que las formas asociativas vascas son las más eficaces; tenemos casos extraordinarios de asociacionismo peninsular como son el gallego, canario o catalán; tampoco podemos

obviar que el catolicismo cínico y fanático de algunos vascos ha sido una de sus peculiaridades esenciales como pueblo, y no creo que sus estrictas reglas de admisión en la cofradía supongan una cualidad digna de ser ensalzada. Cabe recordar que en el siglo XXI siguen vigentes dichas prácticas en muchas tradiciones vascas, por cierto que muy masculinas y excluyentes, y son asumidas con orgullo como rasgos distintivos de nuestro pueblo.

La misma dinámica exclusivista de la cofradía de Aránzazu persiste en la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, ahora bien, con intenciones más ilustradas. Según el autor, una veintena de cofrades ingresaron directamente en la Bascongada entre 1773 y 1777 y aportaron cuantiosos donativos a las siempre exiguas arcas de la institución; de los Amigos del País residentes en Guadalajara sobresalen el hacendado Tomás Basauri, Manuel Portugués, que ocupaba el cargo de tesorero de la Real Hacienda, y el gobernador de la Intendencia Antonio de Villaurrutia y Salcedo. Son las dos últimas décadas del siglo XVIII el período en el que los vascos acumulan más influencia y poder coincidiendo con el gobierno de Villaurrutia y con el de su sucesor, Jacobo Ugarte y Loyola, otro vasco que fomentó el crecimiento económico regional. Las familias vascas residentes en Guadalajara fueron un grupo cerrado, articulado en torno a la cofradía de Aránzazu y a la Bascongada y que emplearon el matrimonio y la amistad como estrategias de cohesión y de enriquecimiento. No puedo dejar de apuntar que habitualmente solían evitarse las uniones con personas que no fueran vascas, salvo si detrás del apellido había una buena fortuna.

Si el siglo XVIII supuso la etapa más floreciente para los acaudalados vascos, la guerra de la Independencia actuó como detonador de la ruptura del ecosistema que habían ayudado a crear y donde mantenían una posición privilegiada, como diría el obispo navarro Ruiz de Cabañas. Los rebeldes independentistas eran «enemigos del trono y del altar», dos baluartes defendidos con jactancia, como hemos podido observar, por el grupo vasco. La opinión de Cabañas cambiaría al conocer a Agustín Iturbide y su Plan de Iguala; tal vez las escasas ambiciones revolucionarias de los insurgentes y el mantenimiento del equilibrio convencieran al obispo para apoyar al futuro emperador, intuyendo que la conservación del *statu quo* económico y social sería el desenlace lógico de una emancipación sin revolución. Olveda asegura que el paisanaje hermanó a ambas personalidades; desde luego que el emperador consiguió la docili-

dad del eclesiástico, ya que, a cambio de sus sermones laudatorios, le nombró limosnero mayor y gran canciller de la Imperial Orden de Guadalupe.

El último capítulo, titulado «Principales familias vascas», se inicia con un epígrafe que examina pormenorizadamente el mayorazgo de los Echauri —fortuna amasada en el siglo XVIII— para reconstruir posteriormente el caso de otras tres familias, los Basauri (siglo XVIII), Caballero (siglo XIX) y Martínez Negrete (siglo XIX). Los Echauri suponen el paradigma de comportamiento de una familia perteneciente a la elite colonial a partir del fundador de la estirpe, Joaquín Fermín Echauri, un tudelano que ya era conocido desde 1715 por la oligarquía de Guadalajara y que se hizo con la fortuna de su compadre, Manuel Villaseñor, después de la muerte de este último y tras contraer matrimonio con su viuda, Josefa Panduro. A finales de siglo era propietario de una gran cantidad de tierras y de una tienda que abastecía a los mineros; es interesante que desde 1723 apareciese ya como regidor del Ayuntamiento. Su enorme capital fue aval suficiente para solicitar la fundación de un mayorazgo en 1752. Como era habitual en la época, Echauri se casaría otras dos veces: su segunda esposa fue una de las hijas de José Colaso Feijó y la tercera Juana Licon, ambas pertenecientes a las mejores familias tapatías. La política matrimonial de los Echauri llegó a ser un asunto de vital importancia para el patriarca; así, por ejemplo, la unión de una de sus hijas con un individuo sin peculio y sin orígenes vascos le causó tan gran disgusto que, en represalia, le desheredó. La guerra de Independencia provocó la desintegración del orden colonial, circunstancia que también afectó a los Echauri de tal modo que, según Olveda, rebajarían su nivel de participación en la vida política regional para irse desintegrando y vendiendo su patrimonio paulatinamente.

El autor concluye con un epílogo sobre la etapa independiente, período que abrió la puerta a nuevas formas de entender la política y la economía mexicanas; la ausencia de seguridad, el resentimiento y la expulsión de los españoles en 1827 cerraron las posibilidades de que algunos de éstos pudieran echar raíces en la naciente república, y de ahí que los vascos fueran uno de los grupos afectados. No será hasta finales de siglo cuando la situación propicie un reasentamiento de los intereses españoles y, en esta ocasión, de nuevo serán muchos los vascos que emprendan sus aventuras en México, pero ese análisis exigiría un nuevo esfuerzo investigador.—IZASKUN ÁLVAREZ CUARTERO.

Daniel Lvovich: *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Javier Vergara Editor, Buenos Aires, 2003, 601 páginas.

Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina es una exhaustiva investigación de Daniel Lvovich, que arroja luz sobre un tema muy transitado pero escasamente estudiado y a menudo dominado por las opiniones del sentido común. En efecto, el antisemitismo en Argentina como objeto de estudio no ha merecido una atención especial por parte de los historiadores.¹ Este libro, que abarca el período comprendido entre 1880 y 1943, viene a subsanar en parte ese vacío. Para ello, se remonta a los orígenes tanto de las representaciones como de las prácticas antisemitas, realizadas a partir de la elaboración de las imágenes de “enemigo” articuladas sobre la teoría del complot (el mito de la conspiración judía mundial) atribuida a los judíos. El foco de atención se concentra en la elaboración de estas imágenes y prácticas desde el nacionalismo, campo en el que se incluye “no sólo a las organizaciones que reclamaban tal pertenencia, sino también a una parte considerable del catolicismo argentino” (pág. 24).²

Este trabajo se inscribe en el marco de los estudios y discusiones sobre nacionalismo, antisemitismo, racismo y discriminación que en los últimos años han preocupado a numerosos estudiosos, especialmente europeos, a partir del rebrote de movimientos xenófobos de derecha con amplios apoyos populares, que han afectado a varios países del viejo continente. Además, se basa en un contundente aparato empírico que apela a fuentes escritas y orales, a archivos oficiales y periodísticos, a reservorios de organizaciones católicas y de la comunidad judía.

En principio podría afirmarse que este libro, que no niega las tendencias integradoras de la sociedad argentina con respecto a la inmigración judía, es principalmente una reconstrucción histórica de la conformación de un “sistema de creencias antisemita” en la Argentina que, sin duda,

1 Otros trabajos al respecto son: McGee Deutsch, Sandra: “The argentine right in Argentina, Brasil and Chile, 1919-1933”, en *Journal of Latin American Studies*, N.º 18, Cambridge, 1986, y *Counterrevolution in Argentina, 1900-1932. The argentine Patriotic League*, University of Nebraska Press, Lincoln and London, 1986; Senkman, Leonardo: *El antisemitismo en la Argentina*, CEAL, Buenos Aires, 1989. También, Ben Dror, Graciela: “La conferencia de Evián: el periodismo católico argentino y la conformación de la opinión pública”, en *Judaica Latinoamericana II*, Jerusalén, 1993, y “The Catholic Church in Argentina and the confirmed reports of the extermination of european jews”, en *Yad Vashem Studies*, XXV, 1996.

2 Si bien se disecciona al nacionalismo, también se analiza la actitud frente a la “cuestión judía” de la prensa liberal, la sociedad civil y el Estado.

como plantea el autor con absoluta razón en la introducción, no ha desaparecido de nuestra sociedad. En efecto, los prejuicios emergentes en segmentos de la sociedad argentina luego de los atentados a la embajada de Israel y la AMIA o las constantes y diversas profanaciones de cementerios judíos son algunos de los ejemplos que confirman esta apreciación.

Sin embargo, antes de encarar el análisis sobre la conformación del antisemitismo local creo conveniente sostener que este texto puede abordarse también desde una clave de lectura diferente a la que nos propone el autor. De su lectura se desprende con nitidez otra cuestión central, vinculada a la construcción de un sistema de creencias que incluye y excede a la vez al antisemitismo y que, posiblemente, podría englobarlo. Me refiero a la existencia en una franja de la sociedad argentina, que ha sido mayor o menor de acuerdo a cada coyuntura histórica, de ideas y prácticas reaccionarias que combinaban (¿combinan?) componentes racistas, intolerantes y no plurales, que han llevado a la construcción de imágenes fuertemente impugnadoras del “otro”, de un “otro” que en innumerables ocasiones adoptó la categoría de “enemigo”.

Un “otro” heterogéneo que no siempre era un enemigo definido y nítido, cuyos rostros se fueron construyendo sobre la base de diversos prejuicios, temores e impugnaciones: muchas veces sobre la inmigración (o más bien, sobre algunos de sus componentes no deseados); otras, especialmente desde el catolicismo y el nacionalismo, sobre la ideología liberal que había conducido el proceso de modernización y permitido estos resultados no deseados; más adelante, a la luz de la experiencia de la ampliación del sufragio y de los primeros gobiernos radicales, la impugnación recayó sobre la propia democracia en tanto sistema de representación del conjunto de los ciudadanos.

Pero, desde la emergencia del conflicto social vinculado al mundo del trabajo y a la constitución del campo de la izquierda en la Argentina con la aparición del socialismo, el anarquismo o el comunismo, el “enemigo”, el “otro” comenzó a adquirir una fisonomía definida y clara, constituida en oposición a los valores de la nación y de la religión católica. Era el enemigo a derrotar y erradicar de nuestra sociedad, especialmente a partir de la revolución soviética, cuando el enemigo cobró un cuerpo más definido. Estas representaciones alcanzarían el paroxismo durante la dictadura militar inaugurada en 1976, al convertir al Estado en una herramienta destinada a eliminar física y simbólicamente a un enemigo que excedió largamente a quienes conformaban los grupos armados.

En buena medida una parte importante del pensamiento y de la acción católica y del nacionalismo fue construyendo, desde comienzos del siglo XX (y aun antes), lenta y pausadamente la imagen del “enemigo”, y esta es una de las tramas que recorren este texto capítulo a capítulo. Insisto, entonces, que aquí se podrían encontrar las claves explicativas de las diversas discriminaciones inherentes a ciertos discursos políticos e ideológicos y a ciertas prácticas durante la primera mitad del siglo XX. Este es uno de los grandes méritos del libro.

Va a ser, precisamente, en el contexto de la construcción de ese entramado de ideas y prácticas discriminatorias e intolerantes hacia el “otro”, elaboradas por el nacionalismo y el catolicismo, donde el autor inserta su objeto de estudio: la construcción de un sistema de creencias antisemita en Argentina que determinaba la existencia de “la cuestión judía” (o en la práctica, la presencia de una colectividad judía en el país) como un problema para la nación. Las representaciones de ese problema judío se articularon, y esto me parece un verdadero acierto del trabajo, alrededor de la teoría del complot, esto es el “mito de la conspiración judía mundial” según el cual los judíos están asociados a una serie de elementos negativos que resumen todos los males de la sociedad moderna y, en especial, reúnen las características indeseables que se atribuyen a los enemigos de la nacionalidad: en esta visión los judíos son asimilados alternativamente como agentes de la masonería, del liberalismo, del mundo de las finanzas, de los intereses extranjeros, del socialismo o el comunismo.

Esta tendencia a culpar a los judíos de fomentar ideas y prácticas conspirativas, así como acusarlos por los males de la sociedad contemporánea, es analizada por Lvovich a través del pensamiento y la obra de varios representantes relevantes del catolicismo, que adoptaron el antisemitismo de manera diversa: Gustavo Franceschi, Leonardo Castellani, Virgilio Filippo o Julio Meinvielle. Mientras los dos primeros manifestaban posturas menos radicalizadas frente al problema judío, Filippo o Meinvielle eran profundamente antisemitas; este último sostenía: “Los judíos controlan aquí nuestro dinero, nuestros granos, nuestras carnes, nuestro pan, nuestra leche, nuestras incipientes industrias, todo cuanto puede reportar utilidad y al mismo tiempo son ellos quienes siembran y fomentan ideas disolventes contra nuestra religión, contra nuestra patria y contra nuestros hogares, son ellos quienes fomentan ideas disolventes entre patrones y obreros cristianos... son ellos los mas apasionados agentes del socialismo y del comunismo... Diríase que todo el dinero que nos arrebatan los judíos de la ferti-

lidad de nuestro suelo y del trabajo de nuestros brazos será luego invertido en envenenar nuestras inteligencias y corromper nuestros corazones” (pág. 411). Obviamente, estas apreciaciones se vinculaban a la idea de la existencia de una “conspiración mundial judía”.

Ahora bien, es claro que este mito conspirativo es un mito en tanto no puede ser corroborado por ninguna prueba y, además, se compone de enunciados que no guardan ninguna coherencia interna. No obstante el mito se motorizó como un elemento movilizador de la militancia de derecha y también impactaba notablemente en la sociedad, coadyuvando a la conformación de un sentido común social que miraba al judío (fuera éste obrero, profesional, comerciante o empresario) como un componente extraño a la sociedad argentina.

De manera ejemplar el autor reconstruye las formas en que el mito conspirativo y el antisemitismo fueron anudando su compleja trama a partir del pensamiento nacionalista y del catolicismo. En realidad, fue este último quien a fines del siglo XIX introdujo en nuestro país la teoría conspirativa y actuó como inspirador del pensamiento nacionalista más tarde. Un pensamiento nacionalista que partía del convencimiento de la existencia de un “nosotros” vinculado a ciertas tradiciones y costumbres y cerrado a los extraños y diferentes, entre quienes los judíos jugaban un rol esencial.

El salto cualitativo del antisemitismo en Argentina está vinculado a la revolución soviética, a las consecuencias del fin de la primera guerra y a la propia crisis del liberalismo y de las democracias occidentales. Cuestiones todas que potenciaron la figura del enemigo (entre los que se destaca el antisemitismo) en los años veinte, en publicaciones nacionalistas como *La Nueva República* y *Criterio*. Claro que el principal desarrollo de estas ideas se dio en la década del treinta, momento de auge de los grupos nacionalistas, que desembocan en la amplia difusión del libro *Los Protocolos de los sabios de Sión* así como del texto del popular escritor Hugo Wast, *El Kahal de Oro*, donde las elucubraciones sobre la conspiración judía serían leídas por decenas de miles de lectores.

También, como se ha dicho, en los años treinta la difusión de las teorías conspirativas y del antisemitismo tuvieron activos propagandistas en algunos sectores del catolicismo. Pero para este momento el antisemitismo nacionalista no era sólo retórico y se traducía en violencia física en las prácticas inauguradas durante la Semana Trágica. Así, la provocación y violencia directa contra personas e instituciones judías se tornaron una constante.

Por último, el texto intenta medir la eficacia social de la acción discursiva antisemita encarando el análisis de las manifestaciones en el seno de la sociedad civil, así como rastrear las formas de antisemitismo estatal durante el gobierno inaugurado con el golpe de 1943. Este último capítulo es el más débil. Allí se destacan actitudes antisemitas en diversas áreas estatales (en el ejército, en el gobierno de Entre Ríos, entre los miembros del GOU o en el gobierno surgido del golpe de 1943) y se afirma “la existencia de un antisemitismo oficial” como parte de “una concepción global antiliberal y anticomunista” y de una fuerte presión del gobierno norteamericano. Sin embargo, en el punto titulado “El coronel Perón y los judíos” (págs. 539-544) el relato invierte sus términos y se plantea la ambigüedad de Perón sobre el tema, sin efectuar un análisis pormenorizado de su pensamiento e incluso de sus prácticas. Más bien se enfoca el tema desde las caracterizaciones que la propia comunidad judía efectuó sobre Perón. Allí el autor destaca la incapacidad de dicha comunidad para diferenciar las actitudes antisemitas de militares como el general Perlinger de las posturas del caudillo, y poco se esclarece sobre las ideas de Perón al respecto.

Ahora bien, una virtud que salta inmediatamente a la vista después de la lectura de este libro es que se trata de un estudio integral del antisemitismo en la Argentina que entrecruza pensamiento y prácticas; el contexto que permite su reproducción: el interno (desde la irrupción de la inmigración masiva hasta la crisis política y económica de la década del treinta) y el externo (desde el caso Dreyfus hasta el nazismo y el fascismo); las influencias intelectuales locales y extranjeras; la interacción entre el discurso antisemita y su aceptación social.

Si no me equivoco es el primer estudio global sobre el tema. En efecto, con la excepción del trabajo de Sandra Mc Gee Deustch, que rastreó y analizó el componente antijudío de la derecha argentina en los años veinte, y de aproximaciones parciales de Leonardo Senkman y Graciela Ben Dror (véase nota 1), hasta aquí la cuestión del antisemitismo sólo había sido encarada como estudios tangenciales o como un subproducto de la lucha de clases y el desarrollo del capitalismo.

Otro mérito destacable del libro concierne a los matices: en primer lugar, si bien se sostiene la persistencia de la presencia antisemita en Argentina a lo largo del siglo XX, cuyas manifestaciones más graves pueden identificarse durante la Semana Trágica en los años treinta, en los sesenta con la acción del grupo Tacuara o durante la represión militar iniciada en 1976 se cuida muy bien de aclarar que estas acciones se dieron en

el contexto de un proceso de integración social y cultural de los judíos acelerado y bastante exitoso.

En segundo lugar, no cae en la tentación y en el facilismo de afirmar que la teoría antisemita basada en la conspiración y en el complot fue abrazada de manera uniforme por todo el catolicismo y todo el nacionalismo. Al contrario, desfilan en su trabajo los matices y las diversidades: por ejemplo, las diferencias en el seno de la revista católica *Criterio* o las existentes entre el escritor Leopoldo Lugones, un nacionalista que critica el antisemitismo, y Julio Irazusta Enrique Osés, para nombrar sólo algunas, muestran que si bien el judaísmo era percibido en general como un “otro” extraño al “ser argentino”, el grado de enemigo que se le otorgaba y de exclusión al que se lo quería confinar eran diferentes. Por ejemplo, la distancia entre el arraigado antisemitismo del cura Meinvielle, basado en fundamentaciones de carácter teológico, y las contradicciones de monseñor Franceschi, quien se presentaba como antiracista, pero que no podía dar lugar a los judíos en su proyecto de Nación católica pues “los judíos tienen características que inspiran odio”. Dar cuenta de esa complejidad y diversidad en el pensamiento de la derecha es un acierto indudable.

Así como también lo es distinguir cuando el discurso y la propaganda antisemita se vuelven más peligrosos y contraproducentes. El autor parece decirnos que las palabras pueden a veces tener escaso peso y arraigo (por su reducida circulación, por la falta de oyentes o lectores, según sea el caso) y pueden perderse en el vacío. Eso ocurrió reiteradamente con el pensamiento de derecha, pero pueden causar mucho daño cuando son emitidas por personas con arraigo en la sociedad, como el caso del popular escritor Hugo Wast o mediante las populares charlas radiales del cura Virgilio Filippo, por intelectuales con predicamento en ámbitos como las Fuerzas Armadas u otras esferas del Estado o cuando son emitidas por instituciones consolidadas y con responsabilidad moral y social como la Iglesia, especialmente después del Congreso Eucarístico Internacional de 1934 en Buenos Aires, que implicó una fuerte expansión de la influencia de la Iglesia en la sociedad; de una Iglesia que escamoteó la condena del holocausto hasta bien avanzado el año 1944.

En definitiva, el libro de Lvovich demuestra con sólidos argumentos la existencia en Argentina de un pensamiento antisemita, que en algunos momentos tuvo cierta repercusión y logró instalar en el sentido común de una parte de la sociedad la idea de la condición diferente de ser judío. Este pensamiento está basado en la teoría cuasi irracional del complot o la cons-

piración judía, una teoría que no está ni podía estar basada en ninguna comprobación empírica ni racional y que aún hoy circula entre ciertos sectores de nuestra sociedad, como ha ocurrido hace escasas semanas en las Fuerzas Armadas con el reflatamiento del plan Andinia.³

Pienso que este trabajo ayuda a reconstruir la memoria de los argentinos sobre un tema generalmente negado o retaceado, el antisemitismo existente en nuestra sociedad, que es, indudablemente, una de las causas que adoptó la intolerancia en nuestro país.—JUAN SURIANO.

Novaro, Marcos, y Palermo, Vicente: *La dictadura militar 1976/1983. Del golpe de estado a la restauración democrática*. Historia Argentina 9, Editorial Paidós, Buenos Aires, Barcelona, México, 2003, 567 páginas.

Marcos Novaro y Vicente Palermo realizan en este extenso volumen un convincente estudio del llamado Proceso de Reorganización Nacional, la dictadura que durante siete años (1976-1984) asoló a la Argentina. El énfasis de la obra está puesto en la quiebra de ese nuevo modelo institucional regido por las Fuerzas Armadas con respecto a aquél otro que, con todas sus vicisitudes e interrupciones, se impuso en el país desde mediados del siglo XX. Su inclusión como tomo 9 de la colección Historia Argentina de PAIDOS, dirigida por Tulio Halperin Donghi, otorga sin duda una sólida y necesaria continuidad a esa obra iniciada hace ya tres décadas por varios de los historiadores argentinos más reputados.

No se trata de un ejercicio fácil, como el propio director de la colección destaca en el apartado introductorio. Resulta sin duda complicado establecer una clara diferenciación entre memoria e historia cuando se intenta abordar sucesos tan recientes y, además, de la índole de los experimentados durante esa última dictadura. La superposición entre una y otra puede a veces jugar malas pasadas al dificultar la puesta en práctica de mecanismos y gestos que orientan la eficacia del trabajo histórico, y que dependen, más allá de lo terrible que puedan ser los acontecimientos narrados, de un cierto distanciamiento del objeto.

3 Este supuesto plan es una adaptación de *Los protocolos de los sabios de Sión*, hecho circular en los años 60 por el nacionalista Walter Beberagi Allende, quien sostenía que existía un proyecto judío para apropiarse de la Patagonia.

Los autores sortean con éxito ese peligro. Evitan caer en las generalizaciones y simplificaciones más en boga sobre este periodo, entre ellas la teoría de los dos demonios, pensada más para un uso político y que han hecho suya amplios sectores de una sociedad a la que, lógicamente, le ha costado mucho enfrentarse a sus propios fantasmas. Presentan, además, una narración ágil y bien estructurada y un marco explicativo sólido, una de cuyas virtudes más importantes radica en no haberse limitado sólo al terror y sus secuelas. Al proceder así lograron centrarse en el hecho crucial de que, más allá de sus métodos sin duda insoslayables, el llamado Proceso implicó un complejo cambio estructural en la sociedad argentina, a veces en contra de los objetivos e intenciones de sus impulsores castrenses y sus allegados civiles.

Los siete capítulos del libro abarcan desde el gobierno de Isabel Perón, —con sus crisis, económica y de legitimidad democrática, la trayectoria y decadencia de la violencia armada y los preparativos del golpe militar— hasta unas conclusiones que analizan el propio fin del Proceso, la transición al orden democrático y la victoria de Alfonsín. En los capítulos intermedios se abordan cuestiones que tiñen de sentido al conjunto del periodo: en primer lugar las bases ideológicas e institucionales del régimen militar y, a continuación, la gestación, estructura y métodos del aparato represivo clandestino. Este último aspecto es estudiado, lógicamente, como una cuestión central y dentro de él se explica tanto el rápido éxito de las Fuerzas Armadas en la “aniquilación” de las organizaciones guerrilleras primero y el desmantelamiento de la sociedad civil *a posteriori*, como la implosión a la que condujo a la larga a la propia dictadura.

Signo de su importancia, las contradicciones y el fracaso final de la política económica del Proceso, que veía en ella un pilar de su estrategia refundacional, son analizadas en dos capítulos. En forma paralela los autores describen con mucho detalle, gracias sobre todo a entrevistas a primeras figuras, como Alemán y Martínez de Hoz, la gestación de cambios económicos y financieros que con el correr del tiempo se mostrarían difíciles de revertir. Resultan particularmente interesantes las menciones a la contradictoria aplicación que los militares argentinos hicieron de los modelos económicos de las dictaduras de Chile y Brasil, los que más influencia ejercieron sobre ellos.

La política internacional del régimen es otro punto en el que los autores se detienen de manera especial, lo que es muy pertinente, puesto que para este lector, y sin duda para muchos otros, es a través de su prisma

como mejor pueden observarse las limitaciones que esas elites militares y sus allegados tenían para un entendimiento cabal de las consecuencias de muchas de sus acciones, como quedó claro por la manera como se abordó el conflicto de las Malvinas. En el ensayo se analiza también con mucha sutileza la “internacionalización” del régimen, gracias al apoyo de sectores neoconservadores, sobre todo estadounidenses, en un momento de aislamiento y desprecio internacional por la violación de los derechos humanos. A ese apoyo se sumó la propia visión que el régimen tenía de sí mismo como “bastión último en la defensa de occidente”, aderezada con una buena dosis de mesianismo. En este plano fueron decisivas su participación en las acciones del Plan Cóndor con otras dictaduras del Cono Sur y, sobre todo, en la lucha contrainsurgente en Centro América junto a fuerzas paramilitares de la región.

Como se ve, los temas abarcados en las casi 600 páginas de este ensayo son muchos, muy variados y complejos. Se trata sobre todo de un intento de síntesis de un periodo bastante trabajado últimamente en sus múltiples facetas por historiadores, sociólogos y científicos políticos. Puede objetarse que los autores no realicen análisis más novedosos y profundos en algunos de los aspectos puntuales que abordan. Ello de ninguna manera le quita mérito a un texto que tiene detrás un importante trabajo de recopilación y análisis, y cuya fuerza y persuasión radican justamente, en ese esfuerzo de síntesis que implica una sólida, matizada, y, por supuesto, necesaria interpretación del periodo en su conjunto.

En su particular visión del Proceso Palermo y Novaro vuelven, una y otra vez, sobre el hecho clave de que éste no fue sólo uno más de los acostumbrados golpes militares que cíclicamente irrumpieron en la escena política argentina a partir de la tercera década del siglo. Fue un intento claramente “refundacional”, que tuvo algo de único y específico en su afán de transformar de raíz la sociedad argentina, tal vez con la única excepción de los primeros impulsores del golpe de 1930. En su avance hacia el poder, y en sus primeros éxitos, los militares se vieron ayudados por el hecho de que la propia sociedad creía enfrentarse a una crisis de carácter terminal, tanto a nivel político como económico. Sin embargo, como en todo intento de cambio radical, pronto el Proceso se encontró ante la tozuda pervivencia de elementos que sus dirigentes consideraban indeseables, y que no podían reconducir. Su ideología, esquemática y conformada por dosis diversas de integrismo católico y de la llamada doctrina de la seguridad nacional, los condujo a una lectura superficial de la índole de los apoyos sociales reci-

dos en un primer momento. Esa ideología, tan eficaz para conspirar y para aglutinar por el miedo a determinados sectores y elites sociales en momentos de crisis, pronto mostró su pobreza cuando se hizo necesario implementar proyectos y soluciones políticas que fueran más allá de la mera represión. El devenir de este experimento político institucional, desde su éxito inicial hasta su desordenada retirada, estuvo marcado por ese error de interpretación de las señales emitidas por la sociedad. Clave en esa deriva fueron tanto el mesianismo como el tipo de liderazgo que se consolidaron con la primera Junta militar, cuyos miembros, a diferencia de los militares de la última experiencia golpista, se mostraron más prescindentes y muy por encima de una sociedad que consideraban degradada y a la que había que regenerar.

Un estudio que pretende ser tan abarcador tiene por supuesto que exceder el análisis del mundo militar. Palermo y Novaro dedican por tanto también especial atención a otras elites sociales y corporativas que apoyaron y participaron en el Proceso. Dado que se trata del apoyo a un plan militar, una de cuyas tareas centrales era el exterminio de una porción de miembros de la sociedad, quedan siempre flotando en el aire, como en el caso del nazismo, preguntas acerca de la fuerza de determinados intereses sectoriales y sobre los fundamentos ideológicos que posibilitaron o indujeron a elites, al fin y al cabo representativas de sectores sociales o corporativos más amplios, a avalar, e incluso a participar en políticas y métodos tan extremos como los que se aplicaron entonces. Así, se estudia el papel protagónico que jugó la Iglesia a través de sus sectores más integristas, plenamente identificados e incorporados al Proceso, entre los que se destacaron vicarios castrenses y obispos como Tórtolo y Bonamín, que de ninguna manera representaron un sector marginal dentro de la Conferencia Episcopal Argentina. También es motivo de incisiva reflexión el jugado por ciertos sectores sindicales y, sobre todo, por destacadas asociaciones empresariales. Fue notorio en tal sentido el aprovechamiento que determinadas empresas (nacionales y multinacionales) hicieron de los expeditivos métodos militares para solucionar sus propios problemas de gestión laboral o de “recursos humanos”. La interpretación del Proceso que hacen Novaro y Palermo deja claro, una vez más, que la aceptación de esos métodos, aplicados de manera regular y sistemática, entre los que destacó el de la “desaparición”, resultan de una decadencia, o deterioro funcional, no sólo del estamento militar sino también de unas elites y unos espacios fundamentales para el funcionamiento social. Ese deterioro, que sin duda obe-

dece a fenómenos de más largo plazo, actuaría también más tarde como una onerosa hipoteca sobre los afanes redemocratizadores del gobierno que sucedió a la dictadura. Si bien los autores no se extienden demasiado en proyecciones hacia el futuro, esa preocupación es una constante en todo el libro y actúa por lo tanto como un permanente y eficaz subtexto.

Sin embargo, como se señala repetidamente, fueron las propias limitaciones y contradicciones internas de los militares las que condujeron a la implosión de un sistema que se pensaba que duraría décadas. Pueden citarse algunas de ellas: la competencia entre las distintas armas, su lucha facciosa, sobre todo entre los llamados blandos y duros, la forma en que se organizó la represión clandestina que hirió de muerte a la línea de mandos, la inadecuación del mesianismo —y la ideología que lo sustentaba— para encontrar salidas políticas idóneas. Como muy bien puntualizan los autores, ya al año de asumir el poder las fricciones internas entre distintos estamentos y fuerzas eran importantes y éstas a la larga resultarían fatales. Queda claro, además, que la fuerza aglutinante del Proceso radicaba casi de manera exclusiva, en las premisas y características de la lucha contra el enemigo común: el “subversivo apátrida”. En el resto de las áreas los militares mostraron una marcada heterogeneidad, tanto con respecto a los fines como a los medios a ser empleados. Resulta evidente que, dadas tales características, les iba a resultar realmente difícil impulsar en el largo plazo y de una manera coherente y sistemática un plan “refundacional” de tan amplios alcances.

Siguiendo las hipótesis más fuertes del libro podemos llegar a la conclusión de que, con la ayuda de una desastrosa estrategia de las organizaciones guerrilleras (para sí mismas y para el conjunto de la sociedad), los militares impulsores del Proceso fueron eficaces en la construcción de un implacable aparato de represión básicamente clandestino. Pero a eso se limitó casi todo su éxito. A pesar de su activo inicial frente a una sociedad desmovilizada y ansiosa de orden, su incapacidad para construir una salida política y un sistema social acordes con sus afanes transformadores fue más que evidente. En su fracaso, que fue haciéndose cada vez más patente, arrastraron al propio Estado que siguió dando tumbos en los años posteriores. En tal sentido puede pensarse que la militarización del Estado, con la lucha facciosa por el reparto que trajo aparejada y que se produjo cuando más orden se declamaba, fue en realidad el preludio de su decadencia posterior. Fue un paso grande en la transformación de uno de los rasgos más característicos de la sociedad argentina de la segunda mitad del

siglo. Paradójicamente, se cumplían, al menos en parte, algunos de los proyectos más ambiciosos de ciertos elencos civiles que acompañaron a los militares durante esos años. Como sucedió también con el Peronismo, el Proceso parece haber intentado solucionar, con resultados dramáticos, el difícil encaje de la sociedad Argentina con los distintos cambios globales del siglo.

Como punto final puede afirmarse que el ensayo escrito por Novaro y Palermo es un importante y matizado aporte al conocimiento de la sociedad argentina reciente. Es sin duda una herramienta de obligada consulta tanto para aquéllos interesados en el estudio específico de este periodo realmente negro de la historia argentina, como también para aquellos otros que, dada la gravedad de los hechos que en él tuvieron lugar, buscan los rasgos más universales de ese proceso local. Pero, como se ha dicho al principio, los autores ofrecen además una interpretación estructural de la sociedad argentina del periodo. Construyen en tal sentido una verdadera historia social, en la que no dejan de advertir transformaciones y permanencias en los escalones de arriba y de abajo, y en los espacios de la economía y la cultura, pasando por la política. Se trata evidentemente de una importante síntesis, con sólidos argumentos, que cumple con la función básica de potenciar la tan necesaria reflexión sobre la complejidad de la realidad argentina actual.—RICARDO GONZÁLEZ LEANDRI.

Peralta Ruiz, Víctor: *En defensa de la autoridad. Política y cultura bajo el gobierno del Virrey Abascal 1806-1816*, Colección Biblioteca Historia de América, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Historia, Madrid, 2002.

En el ámbito de la historiografía sobre la independencia peruana ha prevalecido hasta los años setenta del siglo pasado una tendencia dirigida a reivindicar en primer lugar la existencia precoz, desde la mitad del siglo XVIII, de una conciencia nacional, de la que se pretendía que fueran expresión personalidades y acontecimientos de distinta naturaleza, como la gran rebelión de Tupac Amaru II, la generación del *Mercurio Peruano*, la revolución del Cuzco de 1814 o las expediciones libertadoras de San Martín y Bolívar. En esta óptica se movió también la Comisión Oficial del Sesquicentenario, la cual tomó a su cargo la publicación de los volúmenes de la

Colección Documental de la Independencia del Perú, obra que —dicho sea entre paréntesis— sean cuales sean las motivaciones que la impulsaron, constituye en todo caso un patrimonio de gran valor para los investigadores.

La reacción contra tal posición oficial y “nacional” ha estado constituida por la que Peralta Ruiz define como una historiografía “revisionista o progresista”, que ha subrayado más bien el apoyo constante proporcionado a los últimos virreyes por las elites criollas, interesadas sobre todo en recobrar la hegemonía económica perdida como consecuencia de la aplicación de las reformas borbónicas. Por otro lado, esta historiografía ha reivindicado la existencia de un proyecto anticolonial en el seno de los movimientos indígenas y mestizos, que se manifestaron en los años a caballo entre el siglo XVIII y el XIX en el sur andino peruano y altoperuano.

En estos últimos años, dos volúmenes colectivos, publicados respectivamente en 1999 y en 2001, coordinados los dos por Scarlett O’Phelan Godoy, dedicado el primero a la “Era Borbónica” y el segundo a la independencia del Perú, atestiguan el renovado interés que la historiografía peruana nutre hacia los decenios comprendidos entre la mitad del siglo XVIII y las guerras de la independencia. Tras las polémicas de los años setenta, la línea de investigación privilegiada ha sido la de profundizar, gracias a estudios específicos, distintos aspectos del periodo, buscando por un lado evitar estériles contraposiciones ideológicas y por el otro ofrecer útiles instrumentos de conocimiento, que permitan una mejor comprensión de todas las facetas de una fase indudablemente compleja de la historia del país.

En esta línea metodológica e historiográfica se coloca también este libro de Víctor Peralta Ruiz, en el cual, no por casualidad, el autor retoma en parte, ampliándolos y profundizándolos, los temas de los trabajos con los cuales había participado en los dos volúmenes anteriormente mencionados.

Intentando ofrecer una visión alternativa a la que las interpretaciones nacionalistas y revisionistas han propuesto y acogiendo los estímulos proporcionados por estudios recientes, como los de François-Xavier Guerra, Peralta Ruiz subraya la riqueza y la complejidad del escenario en el que se desarrolló el proceso que llevó a la independencia del Perú, proceso para cuyo análisis hay que retroceder hasta el estallido, en 1808, de la crisis de la monarquía hispánica y hay que tener en cuenta después la rápida evolución de los códigos culturales y de las dinámicas políticas, en el interior del espacio político público.

El libro se articula en dos partes, la primera de las cuales analiza temas relativos a la esfera cultural y la segunda, a la de la política. Las dos partes están a su vez divididas cada una en dos capítulos.

El primero de estos describe la existencia en Lima de una “república de las letras”, cada vez más abierta a la información y al debate político: esta apertura manifiesta sus primeros brotes en la crisis de 1808 (cuando es el mismo virrey quien favorece la publicación de noticias sobre la marcha de la guerra en la Península), y después en 1810, como consecuencia de la libertad de prensa introducida por las Cortes de Cádiz; el segundo estudia el control social ejercido por el Tribunal de la Inquisición, especialmente en materia de censura de libros y otras actividades culturales, las reacciones provocadas por su abolición por obra de las Cortes, y los acontecimientos que siguieron a su reintroducción por decisión de Fernando VII, tras su regreso al trono en Madrid.

El tercer capítulo examina las relaciones existentes entre el virrey, el cabildo de la capital y el nuevo ayuntamiento constitucional, y los esfuerzos puestos en acto por el propio virrey para impedir el éxito en las elecciones de este organismo y en las de la Diputación Provincial de quienes consideraba enemigos de la Corona; el cuarto, en fin, mueve la atención hacia el Cuzco para analizar las tensiones existentes entre el naciente partido constitucionalista y la local Audiencia, así como las dinámicas que se desarrollaron a raíz de la elección del nuevo ayuntamiento constitucional, hasta la derrota de la revolución que lideraron los hermanos Angulo.

El hilo conductor de todo el volumen es la figura del virrey Abascal (1806-1816), el cual tuvo en suerte la difícil tarea de gobernar el virreinato, tras la dúplice experiencia traumática de la rebelión de Tupac Amaru y de la aplicación de las reformas borbónicas, en el período comprendido entre el comienzo de la crisis de la monarquía y la restauración fernandina.

Peralta Ruiz pone de relieve el empeño constante del virrey para salvaguardar su propia autoridad, utilizando no solo instrumentos represivos, sino realizando también una “política de la concordia”, encaminada a favorecer el acuerdo y la colaboración entre españoles y criollos; la fidelidad que Abascal siempre demostró hacia la Corona —subraya el autor— no necesariamente dió lugar a actitudes y decisiones despóticas; a este propósito señala, por ejemplo, las críticas que el virrey dirigió a la segunda Inquisición, por sus mezquinas reivindicaciones económicas en un momento en el que la defensa del reino debía ser la preocupación prioritaria.

De las páginas del libro de Peralta Ruiz emerge la situación difícil y en cierto sentido ambigua en la que se encontró el virrey, puesto frente a las impresionantes novedades introducidas por la Junta Central, el Consejo de Regencia y las Cortes: la afirmación de la igualdad entre españoles y americanos, la libertad de imprenta, la supresión de la Inquisición, y por fin la Constitución; novedades todas que provocaron una rápida aceleración de las dinámicas culturales y políticas. El virrey sentía una profunda desconfianza hacia esas inovaciones. Cuando la constitución llegó a Lima, Abascal la definió en las páginas de la *Gaceta de Gobierno* como la obra inmortal de la sabiduría y del patriotismo de las Cortes, un código que constituiría la desesperación de los tiranos y la más segura garantía de la prosperidad y de las futuras glorias de todas las Españas; pero en su *Memoria* expresó con mayor sinceridad los tristes sentimientos que había suscitado en su alma el hecho de ver la soberanía del rey usurpada y las leyes fundamentales de la nación alteradas y transformadas para abrir paso a los principios revolucionarios de la democracia y de la impiedad.

Por otro lado, para Abascal resultaba completamente clara —muchas veces lo subrayó en sus escritos— la obligación en la que se encontraba de ser él el primero en dar ejemplo de obediencia a las órdenes de aquellos organismos (Junta Central, Regencia o Cortes) que representaban al rey ausente y que en la Península habían sido declarados y reconocidos como depositarios de la soberanía. De estos organismos dependía por lo tanto la legitimidad de su poder y la posibilidad de seguir manteniéndolo y defendiéndolo, aun con las limitaciones impuestas por el texto gaditano.

No sorprende por tanto el hecho de que Abascal tuviera que tolerar los sermones pronunciados con ocasión del juramento de la constitución, en los que los párrocos, según las instrucciones enviadas por las Cortes, tenían que alabar los beneficios que el sabio texto proporcionaría e invitar a los nuevos ciudadanos a jurar fidelidad al rey y a la constitución misma; tampoco sorprende el hecho de que el virrey tuviera que consentir discursos públicos en los que se exaltaba la soberanía de la nación: al fin y al cabo era justamente lo que proclamaba el texto gaditano.

Algunos documentos analizados por Peralta en el cuarto capítulo, dedicado a los acontecimientos que se desarrollaron en el Cuzco, sugieren ulteriores reflexiones, relacionadas con la evolución del lenguaje político, pero también con las ambigüedades con las que a veces se entendían y utilizaban palabras e instituciones propias del constitucionalismo liberal. La constitución de Cádiz concebía los ayuntamientos como organismos mera-

mente administrativos, y los había puesto bajo el control de las Diputaciones provinciales. Pero en las proclamas de los constitucionalistas cuzqueños los ayuntamientos aparecen como órganos representativos del pueblo o, mejor dicho, de los pueblos, dotados de un poder autónomo y soberano; el pueblo, al que esos documentos hacen referencia, no es una entidad genérica y abstracta, sino más bien el pueblo bien definido y concreto del Cuzco, el cual —como los documentos mismos afirman— “posee ya una privativa autoridad de transmitir él sólo la jurisdicción ordinaria y económica en los Alcaldes y Regidores” (pág. 151).

Vuelven a la memoria a este propósito las observaciones de F.-X. Guerra sobre la omnipresencia del término “pueblo”, los diferentes matices con los cuales ha sido utilizado, los frecuentes deslizamientos, desde el significado de “pueblo soberano”, fuente de legitimización de todos los regímenes modernos, al otro significado que, sobre todo al plural, designa a las comunidades políticas del Antiguo Régimen. Asimismo vuelven a la memoria las consideraciones de Antonio Annino, relacionadas con las inéditas e inesperadas evoluciones que la no aplicación de la parte de la constitución de Cádiz relativa a la reforma del aparato judicial provocaría, por ejemplo, en Nueva España, donde los ayuntamientos constitucionales se apoderarían de la administración de la justicia en el ámbito local. Y, como la justicia era todavía considerada como un atributo de la soberanía, desde el momento en que eligieron sus ayuntamientos y empezaron a administrar la justicia, los pueblos terminaron definiéndose a sí mismos como “pueblos soberanos”.

Concluyendo, el libro de Peralta Ruiz encara muchos otros aspectos, además de los que se han mencionado en estas líneas; se trata de un trabajo útil, que cumple con el objetivo de mostrar la complejidad de la obra de Abascal y, más en general, de un periodo de la historia del Perú que tendrá consecuencias y desarrollos importantes y duraderos aún en los años sucesivos a la independencia.—GABRIELLA CHIARAMONTI.